

 HARLEQUIN™

Bianca™



UNA MUJER MISTERIOSA

ANNE MATHER

*Bianca*TM

UNA MUJER MISTERIOSA
ANNE MATHER





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Anne Mather

© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Una mujer misteriosa, n.º 1412 - julio 2017

Título original: Hot Pursuit

Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-9170-090-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

OceanofPDF.com

Índice

Portadilla

Créditos

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

Si te ha gustado este libro...

OceanofPDF.com

Capítulo 1

PAPÁ, vamos a llegar tarde.

–Ya lo sé.

Matt Seton consiguió no sonar tan frustrado como se sentía. No era culpa de Rosie que se hubiera dormido justo el día que la señora Webb no estaba o que a su padre le diera vueltas la cabeza por haber dormido solo dos horas.

–La señorita Sanders dice que no hay excusa para quedarse dormido –añadió su hija en plan repelente.

A Matt le pareció oír a su ex mujer, Carol.

–Ya, ya, ya lo sé. Lo siento –se disculpó apretando los dientes y agarrando con fuerza el volante del Range Rover.

Sintió la tentación de acelerar a tope, pero no creyó que a la señorita Sanders le gustara que le pusieran otra multa por exceso de velocidad.

–¿Quién me va a recoger esta tarde? –preguntó la pequeña de siete años, un poco nerviosa.

–Yo –contestó Matt intentando tranquilizarla–. Si no puedo, le diré a la tía Emma que venga ella. ¿Qué te parece?

Rosie estrujó el estuche y bajó la mirada.

–No te vas a olvidar, ¿verdad, papá? No me gusta nada tener que pedirle a la señorita Sanders que te llame.

Matt suspiró.

–Solo ha sido una vez, Rosie –protestó con una sonrisa–. No te preocupes. Vendré –le prometió–. No voy a dejar a mi chica preferida plantada, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –dijo la niña.

Desde que la última niñera de su hija había enfermado, estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para encontrar a otra. Había entrevistado a un montón de candidatas, pero no había habido suerte. Pocas mujeres jóvenes querían vivir en Saviour's Bay, un área remota de Northumbria, y las

mujeres mayores que había entrevistado le parecían demasiado estrictas. No quería que la falta de seguridad en sí misma de Rosie, provocada por el abandono de su madre, se agudizara aún más.

Por eso, había contratado a una agencia de Londres. Al fin y al cabo, aquella población costera era un lugar idílico para vivir, o así se lo parecía a él como escritor.

Todos sus esfuerzos estaban en aquellos momentos volcados en encontrar a alguien que pudiera ayudarlo a criar a su hija, lo más maravilloso que tenía en el mundo, lo único que tenía que agradecerle a Carol, la mujer con la que, no sabía por qué, se había casado y que jamás había demostrado interés alguno ni en él ni en la niña. Ya ni siquiera le dolía...

Era un escritor de mucho éxito, cuya última novela se había llevado a la gran pantalla y a quien perseguían los periodistas, lo que no resultaba muy agradable, la verdad. Esa había sido otra de las razones por las que había comprado Seadrift, la casa de la que se había enamorado a primera vista.

—Que tengas un buen día, cariño —le deseó a su hija dejándola en la puerta del colegio.

—Hasta luego, papi.

Matt suspiró tranquilo. Habían llegado a tiempo. Dos minutos para las nueve. Por los pelos, pero a tiempo.

Esperó a verla entrar y se fue. La verdad es que no era justo hacerla sufrir así. Rosie no podía tener la incertidumbre de si su padre iba a ir a buscarla o no a la puerta del colegio. Cuando Matt se ponía a trabajar, se le pasaban las horas en un abrir y cerrar de ojos y se olvidaba de todo. Necesitaba encontrar una niñera cuanto antes.

Hasta que Hester Gibson no se había ido, no se había dado cuenta de cuánto se había apoyado en ella. Hester había sido la primera y única niñera de Rosie, una segunda madre que no había dudado en irse a vivir con ellos allí desde Londres.

Al llegar al camino privado de su casa, vio un coche vacío. El conductor se debía de haber quedado sin gasolina y Matt supuso que se habría ido andando al pueblo. Frunció el ceño. Él llegaba de allí y no había visto a nadie. ¿Otro periodista, quizá?

Aceleró fastidiado porque quería llegar con tiempo de sobra a casa para ducharse, afeitarse y leer la prensa.

Apagó el motor y se quedó sentado dentro del coche para ver si aparecía alguien. Y así fue, pero no era un hombre, sino una mujer, y no parecía periodista.

La joven dudó un momento y fue hacia él. Era alta y delgada, de pelo castaño con reflejos rubios, y no debía de tener más de veintitantos años. Matt se preguntó qué haría en su casa. ¿Acaso aquella mujer no había oído hablar de los peligros que corrían las mujeres? Al fin y al cabo, no lo conocía de nada; se podría haber metido en casa de un depravado...

¿Y si la hubiera mandado la agencia? Tal vez fuera la niñera perfecta para Rosie. Matt abrió la puerta del coche y fue hacia ella.

—¿Me buscaba? —le preguntó.

—Eh...

La joven parecía confusa. Matt se fijó en que llevaba una cazadora de cuero que, desde luego, no había comprado en un mercadillo, y un vestido de gasa que no parecía muy apropiado para una entrevista matutina. Se dijo que las buenas niñeras cobraban mucho y que, al fin y al cabo, él no tenía ni idea de moda femenina, así que...

La chica sonrió nerviosa.

—Yo... sí —contestó—. Sí, supongo que, si vive usted aquí, sí.

—Vivo aquí —dijo Matt ofreciéndole la mano—. Matt Seton.

La chica parecía confusa. ¿Habría reconocido su nombre? Sea lo que fuere, no parecía dispuesta a estrecharle la mano. Aun así, Matt se la estrechó.

—Yo soy... Sara... Sara Victor.

—Ah —dijo Matt.

Un nombre que le gustó; tenía solidez, sonaba antiguo. Estaba harto de entrevistar a «Hollys», «Jades» y «Pippas». Era un placer tener delante a alguien cuyos padres no se hubieran dejado influir por las series televisivas.

—Señorita Victor, ¿viene usted de muy lejos?

Ella pareció sorprenderse ante la pregunta y retiró la mano rápidamente. ¿Acaso le daba miedo?

—Eh... no mucho —dijo por fin—. Anoche, dormí en un hotel en Morpeth —añadió dándose cuenta de que aquel hombre quería una explicación un poco más extensa.

—¿De verdad? —dijo Matt.

¡Pues sí que la agencia era eficiente! Buscaban chicas por todas partes, estaba claro. Si Sara hubiera sido de Newcastle, que estaba solo a unos kilómetros, no tendría que haber dormido en Morpeth—. ¿El coche que hay en la carretera es suyo?

Sara asintió.

—Es alquilado —contestó—. No sé qué le pasa, pero ha dicho que hasta aquí había llegado y que no quería seguir.

—Pues menos mal que ha sido justo aquí —remarcó Matt—. No se preocupe. Llamaremos luego al taller de Saviour's Bay para que vengan a recogerlo. Cuando lo tengan arreglado, se ocuparán de devolverlo a la agencia.

—Pero... —se interrumpió y lo miró como si fuera un extraterrestre—. No hace falta que se moleste. Solo necesito hacer una llamada...

Matt frunció el ceño.

—No es usted de la agencia, ¿verdad? ¿Cómo no me he dado cuenta? ¡Es usted otra periodista del demonio! ¡Deben de andar desesperados para mandar a una fresca a hacer el trabajo!

—¡Yo no soy ninguna fresca! —exclamó Sara echando los hombros hacia atrás—. Y no he dicho en ningún momento que viniera de ninguna agencia.

—Lo que usted quiera —dijo Matt apretando los dientes—. ¿Y qué hace aquí? Veo que no niega ser periodista.

—¿Periodista? —repitió la chica mirándolo fijamente con sus ojos verde grisáceos—. No lo entiendo. ¿Estaba usted esperando a un periodista? —añadió palideciendo—. ¿Por qué iba a venir un periodista hasta aquí?

—No finja que no sabe quién soy.

—No sé quién es usted —dijo Sara frunciendo el ceño—. Sé que se llama Seton porque me lo acaba de decir.

—Matt Seton —dijo Matt en tono irónico—. ¿No le dice nada?

—La verdad es que no —contestó Sara confundida—. ¿Quién es usted?

Matt la miró anonadado. ¿Lo diría en serio? Parecía que sí.

—No frecuenta usted mucho las librerías, ¿eh? —le dijo un tanto indignado—. ¿No conoce mi obra?

—Me temo que no —contestó Sara aliviada—. ¿Es usted famoso?

Matt no pudo evitar reírse.

—Un poco —contestó—. Bueno, ¿qué hace usted por aquí?

—Ya se lo he dicho. Se me ha averiado el coche y necesito hacer una llamada, si no le importa.

—¿De verdad? —dijo Matt preguntándose si debía creerla o no.

—Sí, de verdad —contestó ella estremeciéndose. Estaban en junio y no hacía frío, pero estaba realmente pálida—. ¿Le importaría?

Matt dudó. Podría ser un truco para entrar en su casa, pero lo dudaba. Aun así, nadie que no fuera pariente o amigo había cruzado jamás aquella puerta y le costaba invitar a hacerlo a una desconocida.

—¿No tiene usted un teléfono móvil?

Sara suspiró.

—No lo llevo —contestó—. Mire, si no quiere ayudarme, simplemente dígamelo. Supongo que el taller del que me ha hablado no está muy lejos, ¿no?

—A cinco kilómetros. Si se encuentra usted con fuerzas para hacerlos andando...

—Por supuesto —contestó ella con dignidad—. ¿Me indica la dirección, por favor?

Matt se sintió como un imbécil.

—Sígame, por favor —dijo yendo hacia la casa y rezando para no estar cometiendo el error de su vida.

Nada más acercarse a la puerta, los dos retrievers comenzaron a ladrar.

—¿Le gustan los perros?

—No lo sé —contestó Sara—. ¿Son peligrosos?

—¡Sí, mucho! —sonrió Matt—. Son peligrosamente amigables. Si no tienes cuidado, te lamen de pies a cabeza.

Sara sonrió y Matt volvió a pensar que tenía pinta de estar realmente agotada. Abrió la puerta y recibió a los perros con indulgencia. En realidad, eran de Rosie, pero pasaba tanto tiempo con ellos que los quería tanto como su hija.

Tuvo que sacarlos al jardín porque, en cuanto vieron que no llegaba solo, hicieron amago de lanzarse a Sara y llenarla de besos.

—Perdone —se disculpó Matt viendo que los platos de la cena estaban todavía en el fregadero y el desayuno de Rosie en la mesa.

—Sí, tenía usted razón. Son realmente amigables —comentó Sara sobre los perros—. ¿Son suyos o de su mujer?

Matt torció el gesto.

—De mi hija —contestó—. ¿Quiere usted un café? —le preguntó viendo que estaba más pálida que la pared.

—¡Sí, por favor!

A Matt le pareció que aquella contestación era propia de alguien que llevaba un tiempo sin comer ni beber. Lo volvieron a asaltar las dudas. ¿Quién sería aquella mujer? ¿Qué hacía en aquella carretera de la costa que solo utilizaban los que vivían allí y los veraneantes? ¿Qué quería?

—Termino de poner la cafetera y voy a buscarle el número del taller.

—Gracias —contestó Sara.

—¿No se sienta? —le preguntó viendo que se apoyaba en el marco de la puerta. Estaba temblando de nuevo y Matt temió que se fuera a caer al suelo.

—Gracias —contestó Sara acercándose como con miedo y sentándose en el taburete más alejado de él.

Matt no dijo nada porque aquella chica no iba a tardar en darse cuenta de que no estaba interesado ni en ella ni en ninguna otra mujer. A pesar de su fama y el dinero que le había proporcionado, Matt nunca había pensado en reemplazar a su ex mujer.

Y había tenido oportunidad de hacerlo porque un hombre de su posición siempre atraía a cierto tipo de mujer aunque fuera feo como un demonio, que no era su caso, por cierto. Era de rasgos duros, pero atractivos. Siempre le habían dicho que los ojos un poco hundidos, el tono aceituna de su piel y la nariz rota recuerdo de un partido de rugby gustaban más que los rasgos afeminados de muchos hombres.

A él le daba igual, la verdad. La única mujer de su vida era Rosie.

Se giró hacia Sara y se quedó anonadado. Se había quedado dormida sobre la barra de la cocina.

En ese momento, sonó el teléfono y la chica dio un respingo. Matt maldijo en silencio mientras iba a contestar, pero no sabía si porque Sara se hubiera quedado dormida en su cocina o porque el teléfono la hubiera despertado.

—¿Sí?

—¿Matt?

—¡Emma, hola! ¿Qué tal estás?

—¿Te pilla en un mal momento?

—No, claro que no —contestó Matt. Le debía demasiado a Emma Proctor como para decirle lo contrario—. Acabo de volver de dejar a la niña en el colegio y estaba haciendo café. Nos hemos quedado dormidos, ¿sabes?

—Claro, hoy libra la señora Webb, ¿no? —rio Emma—. Veo que no has tenido suerte con la agencia, entonces.

—No —contestó Matt. No le apetecía hablar del tema.

—¿Y la agencia del pueblo? A veces, tienen canguros.

—No quiero una canguro, Emma. Lo que yo necesito es alguien con formación, no una chica que quiera sacarse un dinero de vez en cuando. Necesito a alguien que se quede también por las noches para que yo pueda trabajar, ya lo sabes.

—Lo que necesitas es una madre para Rosie, y las probabilidades de que encuentres a una mujer que quiera vivir aquí...

—Ya, ya —la interrumpió Matt.

Habían tenido aquella conversación unas cuantas veces ya y no le apetecía repetirla—. Gracias por preocuparte, Emma, pero es algo que tengo que hacer yo solo.

—Si puedes... —murmuró Emma—. Bueno, te he llamado porque quería saber si quieres que me pase esta tarde a recoger a Rosie. Tengo que ir a Berwick a comprar unas cosas, pero voy a volver sobre las...

—No, gracias. Le he prometido que iría yo —contestó Matt preguntándose qué estaría pensando su invitada sobre aquella conversación—. Gracias, Em, pero otro día, ¿de acuerdo?

—Muy bien —contestó Emma—. Te tengo que dejar. ¿Quieres algo de Berwick?

—No, gracias —contestó Matt con educación—. Hasta luego, Em.

Cuando colgó, vio que su invitada bajaba la mirada como si la hubiera pillado mirándolo. Matt frunció el ceño y sacó dos tazas de un armario.

—¿Cómo lo quiere?

—Con leche y sin azúcar —contestó Sara—. Qué bien huele.

—¿Tiene hambre?

—¿Hambre?

Por un momento, pareció que iba a decir que sí, pero no fue así.

—No, con esto me vale.

Matt dudó y abrió la lata en la que la señora Webb metía las magdalenas. Aunque eran del día anterior, olían de maravilla.

—¿Seguro? —insistió acercándole la lata—. Están muy buenas.

—No, gracias, con el café me basta —contestó Sara mirando los bollos con deseo—. ¿Está usted buscando una niñera para su hija? —añadió recobrando el color—. ¿Cuántos años tiene?

—¿Rosie?

Matt dudó y cerró la lata.

—Siete —contestó decidiendo que no pasaba nada por decírselo—. Es increíble lo rápido que pasa el tiempo...

Sara se mojó los labios.

—¿Su mujer ha muerto? —preguntó. Inmediatamente levantó una mano—. Perdón, no debería haberle preguntado eso.

—No pasa nada —contestó Matt—. Carol me dejó cuando la niña era un bebé. No es ningún secreto.

—Entiendo —dijo Sara tomándose el café—. Lo siento.

—Bueno, fue lo mejor para los dos —sonrió Matt amargamente.

—¿Para su mujer y para usted? —preguntó Sara mirándolo a los ojos.

—Para mi hija y para mí —contestó Matt—. ¿Está bueno el café? —añadió sentándose junto a ella.

Sara dio un respingo apenas perceptible y Matt pensó que debían de haberle hecho algo, pero no quiso preguntar.

—¿Así que vive aquí solo?

—¿Está usted segura de que no es periodista? —bromeó Matt.

—¡No! —exclamó ella—. Estaba pensando en el trabajo.

—¿En qué trabajo?

—En el de niñera de su hija —contestó Sara—. ¿Le parezco buena para el puesto?

Capítulo 2

SE HABÍA quedado de piedra. Sara decidió que esas eran las únicas palabras que podían describir la expresión de aquel rostro delgado y bronceado.

Tampoco era de extrañar. No era muy normal que una perfecta desconocida se ofreciera a cuidar de su hija.

Al fin y al cabo, no la conocía de nada. Sara se arrepintió del ofrecimiento. Ella tampoco lo conocía de nada. El hecho de que se hubiera mostrado amable no quería decir que fuera de fiar. Además, no era niñera. Su experiencia con niños se reducía a cuando había sido maestra... parecía que había sido hacía una eternidad, en otra vida, cuando era joven e ingenua.

—¿Quiere usted ser la niñera de Rosie? —preguntó Matt Seton con recelo—. No me había dicho que estuviera buscando trabajo.

«Y no lo busco. Lo que quiero es un santuario», pensó Sara. No podía decírselo, claro. Cuando la noche anterior había huido de Londres, para poner distancia entre Max y ella, no había pensado en buscar trabajo, la verdad.

—¿Le intereso? —insistió.

Necesitaba un sitio donde quedarse y tiempo para pensar en lo que había hecho.

—Puede —contestó Matt—. ¿Está usted habituada a trabajar con niños?

—Solía estarlo —contestó sinceramente—. Era maestra.

—¿Era?

—Sí.

—¿Ya, no?

—No.

—¿Por qué?

Era una pregunta inocente, pero Sara se puso nerviosa.

—Porque lo dejé.

—¿Y qué ha hecho desde entonces?

«Intentar sobrevivir».

—Me... casé y a mi marido... bueno, mi ex marido, no le gustaba que trabajase —contestó consiguiendo sonar normal.

¡El eufemismo del año!

—Entiendo —contestó Matt. La estaba mirando tan intensamente que Sara pensó que le debía de estar leyendo el pensamiento. De ser así, vería que no le estaba contando toda la verdad—. ¿Es de por aquí?

Qué cantidad de preguntas. Sara tragó saliva y pensó si decirle que sí, pero no lo hizo porque no le gustaba mentir.

—Hasta hace poco, vivía en el sur de Inglaterra.

—¿Hasta que decidió alquilar un coche y hacerse quinientos kilómetros? —sugirió Matt lacónicamente—. ¿Qué pasó, Sara? ¿Su marido se fue con otra y decidió desaparecer para hacerlo sufrir?

—¡No!

Ojalá. Si Max se hubiera ido con otra, ella no se vería en la situación en la que se veía.

—Ya le he dicho que... estamos divorciados. Es que me apetecía cambiar de aires. No sabía dónde quería ir hasta que llegue aquí.

—Y acaba de decidir que, porque yo necesito una niñera, usted quiere ser niñera —comentó Matt con cinismo—. Perdona, pero no he oído más tonterías en mi vida.

—No son tonterías —dijo Sara desesperada. Realmente, necesitaba el trabajo—. ¿Quiere una niñera o no?

—¿Qué preparación tiene?

Sara dudó.

—Dos años de maestra en... en Londres —contestó. Había estado a punto de decir el nombre del colegio, lo que habría sido una locura—. Lo dejé cuando me casé, como le he dicho.

—¿Puede demostrarlo? ¿Tiene referencias?

Sara bajó la cabeza.

—Aquí, no.

—¿Pero podría conseguirlas?

—No sería fácil.

—Qué sorpresa —dijo Matt en tono irónico—. Señora Victor, ¿se cree que estoy loco?

—Señorita, si no le importa —murmuró Sara.

¿Qué más daba, si no la iba a contratar, que pensara que fuera señora o señorita? Al fin y al cabo, no era su nombre real. Decidió insistir una última vez.

—Mire, me interesa el trabajo y le aseguro que he sido maestra durante dos años y muy buena, además —dijo mirándolo fijamente—. Téngame una semana de prueba. ¿Qué tiene que perder?

—Mucho —contestó Matt—. No dejo a mi hija con cualquiera, señorita Victor. Es demasiado importante para mí. Lo siento.

Pues no parecía que lo sintiera en absoluto. Al contrario, parecía ansioso por que se fuera, así que Sara se apresuró a terminarse el café y se puso en pie.

—Yo, también —dijo agarrando el bolso—. ¿Le importa que llame por teléfono?

—Espere —dijo Matt poniéndose entre ella y la puerta—. Una última cosa. ¿Pasó la noche en Morpeth o también eso era mentira?

—¿Importa?

Sara estaba intentando mantener la calma, pero cada vez le resultaba más difícil. ¿Qué ocurriría si aquel hombre iba con su descripción a la policía?

—Me gustaría saberlo —insistió Matt metiéndose las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros.

—Eh... no —contestó Sara mojándose los labios—. ¿Puedo llamar ahora, por favor?

—¿Así que lleva toda la noche conduciendo?

—Más o menos.

—Debe de estar muy cansada.

Sara se rio.

—¿Y a usted qué le importa?

Matt se quedó un buen rato en silencio.

—Tengo corazón, ¿sabe? Sé cuándo una persona está huyendo de algo. Siéntese y desayune. Si quiere, puede tumbarse un rato antes de llamar al taller.

Sara lo miró atónita.

—¿Me podría duchar también? —se burló Sara—. ¿De dónde se saca que esté huyendo de nada? Ya le he dicho que me apetecía cambiar de aires...

—Ya la he oído —la interrumpió—, pero ¿de verdad espera que me lo crea?

—¡Me importa un bledo lo que crea o deje de creer!

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—¿No se da cuenta de que podría retenerla aquí hasta que me cuente la verdad?

Sara se sintió amenazada.

—¡No se atreverá!

—Deme una razón por la que no debería hacerlo.

—Porque... no tiene derecho. No soy una niña. Sé cuidarme solita.

—Puede... Mire, alguien que quiere cambiar de aires no se va en mitad de la noche, sin documentos ni referencias ni nada que pruebe que es quien dice ser.

Sara se sintió derrotada.

—Deje que me vaya, por favor —imploró—. Olvídense de la llamada. Voy a ver si el coche arranca. Ya me buscaré la vida. Olvide que me ha visto.

—No puedo —suspiró Matt.

—¿Por qué?

—Porque me parece que necesita ayuda —contestó amablemente—. ¿Por qué no me cuenta la verdad? Se ha peleado con su marido, ¿verdad?

—Ya le he dicho que no estoy casada.

—Claro; entonces, ¿por qué lleva la alianza y el anillo de pedida? ¿Como recuerdo?

Sara maldijo en silencio. Se había olvidado de los anillos. Nunca se los había quitado porque Max la habría matado.

De repente, se sintió muy débil. Se preguntó cuándo había comido por última vez. No había desayunado ni cenado, pero ¿había comido? No lo recordaba. No se acordaba de nada sucedido antes de que Max llegara a casa.

Solo recordaba a Max tendido en el suelo al final de las escaleras y a ella corriendo para tomarle el pulso. Le temblaba tanto la mano que no había sido capaz de encontrarlo. Eso solo podía significar una cosa.

¡Estaba muerto!

Sintió que se tambaleaba y vio que Matt extendía una mano hacia ella. Se apresuró a moverse, pero las piernas no le respondieron. ¿Qué le estaba pasando? No se podía desmayar. No podía quedar a merced de un hombre que no conocía de nada y que había amenazado con retenerla.

No tendría que haber entrado en aquella casa, no debería haberle pedido ayuda. Estaba sola, tal y como quería. Solo podía confiar en sí misma...

Abrió los ojos al sentir la brisa que entraba por la ventana que tenían a sus espaldas. Estaba en una habitación color melocotón con un armario y una cómoda antiguos y estaba tapada con una colcha verde lima. A lo lejos, se oía un tractor.

¿Dónde estaba?

Se incorporó y frunció el ceño. No reconocía nada de lo que la rodeaba excepto su chaqueta doblada sobre el respaldo de una silla y sus zapatos al lado.

Entonces, recordó todo. La caída de Max, su huida, el coche alquilado que se había estropeado.

Se estremeció. Aquello no explicaba cómo había llegado a aquella cama. ¿Qué había ocurrido? Se tocó la cabeza.

Matt Seton.

Recordó sus rasgos y los vaqueros que llevaba. Tenía una hija. Aquella habitación podría ser la de la niña, porque era muy femenina.

Su primer impulso al verlo bajar del coche había sido correr, pero había conseguido controlarse. Le daba pánico caer en manos de otro hombre. Lo de ofrecerse como niñera había sido una locura, pero en el momento le había parecido perfecto quedarse en mitad del campo, donde no pudiera encontrarla.

Oyó ladrar a un perro. Estaba muy cerca. Quizá bajo la ventana. Oyó a un hombre que le decía que se callara. Era una voz fuerte y bonita, obviamente la de su anfitrión.

Se dio cuenta de que Matt Seton la debía de haber llevado en brazos hasta la cama. ¿Por qué? ¿Se había desmayado?

¿Y su bolso? Asustada, miró a su alrededor. No estaba. Intentó pensar si había algo dentro que pudiera delatarla. ¿Había algo que indicara que no era quien decía ser?

Apartó la colcha y se puso en pie. Hizo una mueca de dolor. La cadera le dolía horrores y tuvo que volver a sentarse en la cama. Se bajó un poco la falda y vio que tenía un moretón espantoso.

—¿Está despierta?

La misma voz que se había dirigido al perro hacía unos minutos estaba detrás de ella. Se giró y se encontró con Matt Seton apoyado en el marco de la puerta mirándola de arriba abajo.

¿Cuánto tiempo llevaría allí?

Sara tomó aire y se dio cuenta de que en otro momento de su vida, antes de casarse con Max, habría encontrado a aquel hombre muy apetecible. Tenía un magnetismo animal irresistible. No era guapo, pero sí atractivo. Además, poseía una mezcla fuerza y vulnerabilidad, una cualidad que atraía irremediabilmente a las mujeres. Seguro que todas las que conocía estaban encantadas de echarle una mano.

—¿Cuánto hace que no come?

Sara miró el reloj, pero vio que no funcionaba. Tenía el cristal partido. Debía de haber sido cuando se había dado contra la mesa la noche anterior.

—¿Qué hora es? —preguntó sin contestarle.

—¿Por qué? ¿Cambia eso las cosas? —dijo Matt—. Es la una. Iba a hacerme la comida. ¿Quiere acompañarme? —añadió al ver su mirada suplicante.

¡La una! Sara lo miró horrorizada. Había estado inconsciente más de tres horas.

—Se ha desmayado —le dijo Matt— y creo que, luego, se ha quedado dormida. ¿Se encuentra mejor?

No lo sabía. ¿Qué estaría pasando en su casa? ¿Se habría enterado Hugo ya de que Max había muerto? Por supuesto que sí. Habían quedado en verse después del espectáculo...

—¿Hola? ¿Sigue ahí? —dijo Matt acercándose y mirándola con el ceño fruncido.

¿Qué pensaría aquel hombre? ¿Sospecharía algo? Fuera lo que fuese, seguro que no era peor que la verdad.

—Perdón —contestó Sara—. Solo quería llamar por teléfono. No quería ser un problema para usted.

Matt no contestó.

—¿Quiere comer? —le volvió a preguntar Matt—. Me gustaría hablar con usted y preferiría que fuera cuando tuviera el estómago lleno.

—No sé si quiero hablar con usted —le espetó Sara poniéndose en pie—. ¿Dónde está mi bolso?

—Ahí —contestó Matt señalando una silla—. No se preocupe, no he mirado dentro. ¿Por quién me toma?

Sara se sonrojó.

–Yo... no sé a qué se refiere –dijo. Max habría aprovechado la oportunidad, desde luego, para hacerlo–. Solo quería un pañuelo.

–Sí, claro –dijo él con ironía–. ¿Seguro que está bien? –añadió frunciendo el ceño al verla ponerse los zapatos.

–Estoy bien –mintió Sara. El dolor de la cadera era insoportable–. Estoy un poco mareada todavía, pero no es nada.

Matt la miró poco convencido.

–El eufemismo del año –le dijo–. No se ponga la chaqueta porque no pienso dejar que se vaya sin comer.

Sara se volvió a sonrojar.

–¡No me puede obligar a comer!

–No me desafíe –contestó Matt yendo hacia la puerta tras haberle arrebatado la chaqueta–. El baño está ahí. ¿Por qué no se ducha antes de comer? –hizo una pausa–. Hay pañuelos en el baño, si los necesita –añadió saliendo de la habitación.

Sara apretó los dientes. La había vuelto a pillar mintiendo. Nunca se le había dado bien mentir. En realidad, nunca había mentido. Podría haber sido más fácil. Si Max...

Tenía que dejar de pensar en él. Debía olvidar cómo la había humillado y aterrorizado durante casi tres años. ¿Por qué no lo había abandonado? ¿Por qué había aguantado su carácter? ¿Porque no había tenido valor para separarse o porque sabía lo que le habría hecho a ella y a su madre si se hubiera atrevido a hacerlo?

Ahora estaba muerto...

Entró en el baño, en el que también predominaban los tonos melocotón y verde. Se miró en el espejo. Menos mal que no tenía marcas en la cara. Max sabía cómo no dejar señales de su crueldad. Siempre había parecido el marido ideal a los ojos de los demás. Hugo, el querido y amable Hugo, nunca había sospechado que tenía un hermano que era un monstruo. En cuanto a su madre...

Sara se estremeció. Había hecho todo lo que había podido antes de irse. Había llamado a una ambulancia antes de dejar la casa. Se había asegurado de que lo atendieran. Lo único que no había hecho había sido quedarse para que la acusaran de asesinato...

Suspiró y se lavó la cara y las manos. Se quitó el maquillaje y se dio crema hidratante. Estaba pálida, pero no podía hacer nada. No creía que fuera a recobrar el color normal nunca.

Se peinó y volvió a la habitación. La cadera le dolía menos. Sabía que los hematomas tardarían unos días en desaparecer, como otras veces, y sería como si Max no hubiera dejado cicatrices en ella. ¿A quién pretendía engañar? Las secuelas que le había dejado su marido eran mucho más profundas en realidad.

Cerró los ojos y se concentró en las preguntas que le iba a hacer Matt Seton. Antes de salir de la habitación, se quitó el reloj y los anillos y los metió en el bolso. Ya no era propiedad de Max. Estaba sola y así quería que fuese.

Quedaba su madre, claro. Nunca se habían llevado muy bien. De hecho, para ella lo único que había hecho bien su hija en la vida había sido casarse con Max Bradbury. Sara nunca se había atrevido a pedirle ayuda porque su madre creía que su marido era un ángel. No en vano la había sacado de su ruinosa casa de Greenwich y le había comprado un piso en Bloomsbury.

¿Qué pensaría cuando se enterara de que su yerno había muerto y su hija había desaparecido? Sara sospechaba que no se lo iba a perdonar jamás.

Capítulo 3

CUANDO bajó, Sara estaba todavía más pálida y Matt se sintió mal por haberla importunado. Maldición, no había nacido ayer y no hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que la historia que le había contado no era cierta.

Estaba batiendo los huevos para hacer tortillas y la ensalada estaba sobre la mesa.

—Siéntese —le dijo decidiendo que no era asunto suyo si estaba huyendo o no—. ¿Se encuentra mejor?

—Sí —contestó Sara con una tímida sonrisa—. No hacía falta que se molestara.

—No pasa nada —contestó echando los huevos en la sartén—. Hay vino en el frigorífico, si quiere.

—No, gracias —contestó intentando relajarse—. Así que es usted escritor, ¿no?

Matt la miró de reojo.

—¿He dicho yo eso?

—Bueno, lo ha dado a entender —dijo Sara avergonzada.

Matt sintió pena y la miró. Sin maquillaje, las ojeras eran más que patentes.

¿Quién diablos era aquella mujer? ¿Qué estaba haciendo allí y por qué sentía aquel ridículo sentido de la responsabilidad hacia ella?

—¿Qué escribe? —preguntó Sara intentando que no le hiciera preguntas a ellas.

—Thrillers —contestó sin molestarse en darle detalles. A Carol no le habían interesado, así que ¿por qué le iban a interesar a ella?—. ¿Así está bien? —añadió sirviéndole.

Sara asintió.

—Mmm, tiene una pinta riquísima.

—Coma —le indicó Matt sentándose en el taburete de enfrente.

Se fijó en que le costaba tragar y en que bebía agua constantemente.

—Debe de ser bonito escribir —comentó Sara dándose cuenta de que la estaba observando.

—Es una forma de ganarse la vida. A mí me gusta, pero a otros escritores no, ¿sabe?

—¿De verdad?

Matt se preguntó si su ingenuidad sería sincera. No debía fiarse.

—De verdad. Para muchos, es solo un trabajo. Para mí ya era una afición muy importante antes de ganarme la vida así.

—Debe de ser genial hacer algo que a uno le gusta tanto. Qué envidia.

—¿No le gustaba enseñar?

—Aquello era diferente —contestó apresuradamente.

Matt miró su plato.

—¿No le gusta?

—Sí, claro que sí —contestó Sara sonrojándose—. Cocina usted muy bien, pero no tengo mucha hambre. Lo siento.

Matt recogió los platos y sirvió el café.

—¿Y qué tiene pensado hacer?

Sara lo miró confusa.

—Lo primero, llamar al taller de... ¿Cómo dijo que se llamaba el pueblo?

—Saviour's Bay —contestó Matt—. Ya los he llamado yo.

—¿De verdad? —dijo Sara aliviada. Matt se arrepintió de la mentira que le acababa de decir—. ¿Y qué le han dicho? ¿Van a mandar a un mecánico?

—Mañana —contestó intentando ignorar a su conciencia—. Hoy tenían mucho lío.

—¡Oh, no! —exclamó Sara desesperada—. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Puede quedarse a dormir, si quiere —contestó Matt preguntándose por qué estaba haciendo aquello—. La habitación en la que se ha despertado está libre.

—¡No!

—¿Por qué? Iba a quedarse si la hubiera contratado, ¿no? ¿Cuál es la diferencia?

—Eso ha sido un error.

—¿El qué?

—Pedirle trabajo. No sé qué me ha pasado.

—¿Desesperación, quizá? —sugirió muy serio—. Vamos, Sara, los dos sabemos que no tiene dónde ir y hasta que el coche esté arreglado...

Sara negó con la cabeza.

—No, buscaré un hotel o algo.

—¿Aquí? Imposible —le aseguró Matt—. Además, esos zapatos de tacón que lleva no son los más apropiados para ponerse a andar por la carretera.

—Tengo otros en la maleta.

—No es cierto. He abierto el maletero y no hay ninguna maleta —confesó Matt obviando el hecho de que también había conseguido arrancar el coche.

—No tenía usted derecho a hacer eso —dijo Sara indignada.

—Tiene razón, pero se había dejado las llaves puestas. Cualquiera podría haberlo hecho.

—No me puede obligar a quedarme.

—No tengo intención de hacerlo —le aseguró Matt—. Dentro de un rato, me voy a ir a buscar a Rosie al colegio. Si quiere puede irse entonces —añadió encogiéndose de hombros—. Elija.

Matt condujo hasta el colegio sin poderse creer lo que acababa de hacer. ¿De verdad había dejado a Sara, si es que se llamaba así de verdad, sola en su casa? Tras años apartándose de todo el mundo menos de su familia y sus colegas de trabajo, ¿había invitado a una perfecta desconocida a pasar la noche en su casa?

¿Estaba loco? Apenas sabía nada de ella y lo que sabía sonaba de lo más sospechoso. Se apostaba todo el dinero que tenía a que Sara estaba huyendo, pero ¿de qué o de quién?

Desde luego, no tenía pinta de ladrona. Tampoco de niñera, la verdad, aunque Matt había creído lo que le había dicho de su experiencia como maestra porque lo había dicho con convicción. ¿Quién sería y qué iba a hacer con ella?

Para empezar, tenía que presentársela a su hija. ¿Qué le parecería a Rosie que su padre hubiera invitado a una desconocida a quedarse a dormir?

Para su alivio, cuando aparcó el coche frente al colegio acababa de sonar la campana de salida.

—¡Papi, papi, has venido! —gritó Rosie lanzándose al cuello de su padre, emocionada.

–Te lo prometí, ¿no? Pues aquí estoy –sonrió Matt mientras iban hacia el coche.

–¿Has encontrado niñera? –preguntó la niña como si le leyera el pensamiento a su padre.

–No exactamente –contestó Matt.

No quería mentirle a su hija; iba a tener que explicarle de dónde había salido Sara.

«Si todavía está en casa cuando lleguemos», pensó.

Suspiró y puso el coche en marcha.

–¿Qué pasa, papá? –dijo Rosie–. ¿Es por la niñera?

–No, verás... Hoy ha venido a verme una mujer joven. No la manda la agencia –le explicó–. Es una visita. Se le estropeó el coche justo al lado de casa y vino a ver si la dejaba llamar por teléfono.

–Entonces, ¿no es niñera? –dijo Rosie algo descorazonada.

–No –contestó Matt–, pero se va a quedar con nosotros... por lo menos hasta mañana. Rosie, quiero que seas muy simpática con ella.

–¿Quién es? ¿Por qué se va a quedar en casa?

–Te lo acabo de decir –dijo Matt con paciencia–. Se le ha estropeado el coche y... no se lo arreglan hasta mañana –mintió pidiendo perdón en silencio–. Es simpática. Creo que te va a caer bien.

–¿Cómo se llama?

–Sara. Sara Victor. ¿Qué te parece?

Rosie se encogió de hombros y se quedó pensando unos segundos.

–A lo mejor, si le gustamos, se queda, ¿no? –dijo con optimismo infantil.

Matt no supo qué decir. Le pareció que tardaban una eternidad en llegar a casa. Ahora que Rosie sabía que Sara estaba en casa, no quería hablar de otra cosa.

Quería saberlo todo sobre ella: su edad, cómo era físicamente, dónde había nacido, si estaba de vacaciones, qué le pasaba al coche. Matt empezó a ponerse nervioso. ¿Y si Sara se hubiera ido?

Sabía que, si fuera así, su hija lo iba a pasar mal.

¿Y él?

Prefirió no contestarse. La verdad es que Sara le producía curiosidad. «Profesionalmente, claro», se dijo. Era un caso digno de estudio desde el punto de vista psicológico, lo que a él más le podía gustar, ya que antes de

escritor había sido psicólogo y, de hecho, todas sus novelas tenían una gran carga psicológica.

Como mujer, no le interesaba. De hecho, no le interesaba ninguna mujer. Los días en los que su vida había estado regida por las hormonas habían pasado a la historia. Era prácticamente célibe y las contadas relaciones que había tenido habían sido extremadamente breves y poco dulces. Perfectas.

Sintió un gran alivio al ver que el Ford alquilado seguía donde Sara lo había dejado. Pensó que estaría mejor dentro de la casa y no en la carretera, pero para eso le tendría que pedir permiso. ¿Y si se le ocurría intentar encenderlo y veía que funcionaba?

—¿Es ese su coche? —preguntó Rosie al pasar junto a él—. ¿Qué le pasa?

—Ya te he dicho que no lo sé —contestó Matt—. ¿Te importa estarte quieta? Ya casi hemos llegado.

—¿Dónde está?

—Supongo que en el salón —contestó Matt rezando para que no se hubiera ido de inspección por el resto de la casa. No parecía que Sara fuera así.

En cuanto paró el coche, Rosie saltó con la cartera a la espalda. Dobló la esquina en dirección a la puerta trasera. Matt oyó a los perros y corrió hacia allí para advertirle a la niña que no los dejara entrar en casa.

Demasiado tarde.

Al llegar al salón, se encontró con lo último que podía esperar. Sara estaba arrodillada en el suelo con los dos perros lamiéndola de arriba abajo; y Rosie sonreía encantada.

Hacía tiempo que no veía a su hija tan contenta y se sintió culpable por obligarla a llevar una vida tan solitaria, buena para un adulto, pero quizá no tanto para un niño.

Con Hester había sido más fácil, pero desde su jubilación, Rosie se encontraba muy sola.

Sara se apresuró a ponerse en pie cuando lo vio aparecer. Se fijó en que se había quitado los zapatos de tacón. Iba descalza y, de repente, a Matt se le antojó que los pies eran una parte de la anatomía femenina de los más sensual.

—Lo siento —dijo agarrando a los perros—. No he llegado a tiempo de decirle a Rosie que no los dejara entrar.

—No pasa nada —contestó Sara pasándose las manos por la falda—. Iba a tener que conocerlos tarde o temprano.

—Sara, ¿no te gustan Hubble y Bubble? —preguntó Rosie indignada.

Matt suspiró exasperado.

—Rosie, no a todo el mundo le gustan tanto los perros como a ti —le dijo—. Por cierto, ¿quién te ha dado permiso para tutear a nuestra invitada? Pide perdón.

Rosie se sonrojó.

—No me importa —sonrió Sara—. ¿Cómo has dicho que se llaman los perros? ¿Hubble y Bubble? Encantada de conocerlos a todos —añadió dándole la mano a la niña.

Matt se dio cuenta de que se acababa de ganar a su hija. No supo si sentirse bien o mal por ello. Una cosa era querer ayudar a una desconocida y otra que Rosie cayera rendida a sus pies. Volvió a pensar que no sabía nada de ella y se preguntó por enésima vez por qué la había invitado a quedarse.

—Encantada de conocerte —contestó Rosie—. Mi padre me ha dicho que, a lo mejor, te quedas con nosotros. Espero que sí.

—Eh... bueno, solo una noche —murmuró Sara un poco confusa—. Le agradezco mucho a tu padre que me haya invitado.

—¿A que te gusta esto? —dijo Rosie emocionada—. ¿Estás de vacaciones o buscas trabajo?

Matt vio que Sara estaba desconcertada.

—No... lo he decidido —contestó sonrojándose—. Este lugar es muy bonito —añadió mojándose los labios y mirando por la ventana hacia la bahía—. Tienes suerte de vivir aquí.

Matt se dio cuenta con fastidio de que estaba siguiendo los movimientos de su lengua. Se enfadó consigo mismo por tener actitudes tan inmaduras. Por Dios, era un adulto, no un adolescente. ¿Qué tenía aquella mujer que le interesaba tanto?

—Eso es lo que dice mi padre —exclamó Rosie.

—Y seguro que tiene razón —murmuró Sara agachándose para acariciar a los perros. A Matt se le fueron los ojos a su escote—. Si vivieras en una ciudad, tal vez no podrías tener a estos dos.

—¿Tú vives en una ciudad? ¿Y no te gustaría vivir en la costa?

—¡Rosie! —dijo Matt temiéndose lo que llegaba a continuación.

Demasiado tarde.

—Porque mi padre está buscando a alguien para cuidarme —le dijo con decisión—. No tendrías que hacer mucho. Llevarme al cole y cosas así. No harías de niñera porque soy demasiado mayor para eso, pero podrías quedarte a vivir con nosotros, ¿verdad, papi? Así, no estaría siempre en medio cuando trabajas, como me dijiste el otro día.

OceanofPDF.com

Capítulo 4

SARA no quería sentir pena por Matt Seton, pero no pudo evitarlo. Vio su mirada de angustia ante las palabras de su hija, que no les había dado ninguna importancia. Era obvio que la quería muchísimo y le había dolido que la niña creyera que era un estorbo para él.

–Verás... –dijo mirando a Rosie intentando buscar las palabras adecuadas para no hacerla sufrir– te agradezco mucho...

–La señorita Victor se va mañana –la interrumpió Matt. Aunque ella iba a decir lo mismo, la molestó su tono–. Además, seguro que nuestra vida le parece sosa.

Rosie la miró con tristeza.

–¿Sí?

–Claro –dijo Matt sin darle tiempo a contestar–. Bueno, ¿por qué no sacamos a los perros de aquí? Lo están poniendo todo perdido de pelos.

–Si tú lo dices –dijo Rosie.

–Yo lo digo –insistió Matt con dureza–. Perdone, señorita Victor –añadió llevándose a los perros.

–Si puedo ayudarlos en algo... –dijo Sara.

–Es usted una invitada, así que no hace falta que haga nada –contestó Matt–. Voy a ver qué nos ha dejado la chica para cenar.

Sara dio un par de pasos hacia él.

–Es pronto todavía –protestó–. ¿Y si sacamos a los perros de paseo? Rosie y yo podríamos...

–No –dijo Matt irritado.

–¿Por qué no, papá? –imploró Rosie–. Siempre solemos sacarlos cuando llego del colegio.

–Para empezar, porque la señorita Victor no tiene zapatillas de deporte.

–No las necesito para pasear por la playa –dijo Sara emocionada ante la idea de mojarse los pies en el agua del mar y olvidar por un rato sus problemas–. No tardaremos en volver.

—Lo siento, pero no.

—¿Y si vienes con nosotras, papá?

—Rosie...

—Por favor, papá, por favor —rogó la niña agarrándolo de la mano—. Te vendrá bien andar un poco. Será divertido.

Matt miró a Sara con dureza y ella tuvo la sensación de que le echaba la culpa de aquel embrollo.

—Bueno, media hora, ¿de acuerdo? —cedió por fin.

La niña se abrazó a sus piernas y le dio las gracias veinte veces. Sara prefirió concentrarse en ir a buscar su cazadora que en lidiar con la mirada de reproche de Matt. La verdad, le importaba un bledo.

Salieron de la casa por la cocina y siguieron un camino bordeado de flores. Los perros corrían delante de ellos.

—¿A que te alegras de haber venido, papi? —dijo Rosie dando brincos.

Matt apretó los dientes.

—Supongo —contestó sonriendo a su hija—. ¿Seguro que va bien sin zapatos? —añadió mirando a Sara, aún enfadado.

—Seguro —mintió ella.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar un par de veces al clavarse las piedras, pero, al llegar a la playa, la arena le pareció un bálsamo y corrió hacia el mar encantada.

Rosie salió corriendo por la orilla con los perros y Sara se dio cuenta de que se iba a tener que quedar con Matt.

—No tan fácil como parecía, ¿eh?

—No soy tan frágil como usted cree —protestó—. ¡Nunca me había parado a pensar que hubiera playas salvajes como esta en Inglaterra! —añadió mirando a su alrededor con deleite—. ¡Es precioso!

—Robinson Crusoe no tiene nada que envidiarnos —contestó Matt más relajado—. A pesar de la soledad, aquí se vive muy bien.

—Me lo creo —suspiró Sara mientras una ola le bañaba los pies—. ¿Por qué se vino aquí?

—Porque está muy lejos de Londres y porque mi familia es de aquí.

—¿Vivía en Londres antes?

—Cuando terminé la carrera, me quedé allí —contestó—. ¿Y usted también huye de Londres, señorita Victor?

—No suelo huir de los lugares.

—¿Y de las personas?

Incómoda, Sara se metió más en el agua. Estaba helada, pero cualquier cosa era mejor que tener que contestar a las preguntas de aquel hombre tan agudo.

Viendo que Sara estaba en el agua, Rosie quiso quitarse los zapatos y los calcetines e imitarla, pero su padre se lo impidió.

—No, hija, todavía está muy fría. Además, la señorita Victor ya sale, ¿verdad?

A Sara no le quedó más remedio que hacerlo. La verdad era que el agua estaba gélida.

—Sí —dijo mirando a la niña—. Mira, se me ha puesto piel de gallina —sonrió.

—¿De verdad? —dijo Rosie no muy convencida.

—Sí —insistió Sara poniéndole los zapatos de nuevo.

Mientras lo hacía, se dio cuenta de que su padre la estaba mirando apreciativamente y, aunque fuera ridículo, le gustó agradarle como mujer.

Sintió un intenso calor por todo el cuerpo, pero se dijo que no la atraía aquel hombre en absoluto. Era lo último que necesitaba. Después de cómo la había tratado Matt, estaba segura de que jamás se iba a sentir atraída por otro hombre. A Matt Seton no lo conocía de nada y, además, era más alto y más fuerte que su marido. Por lo tanto, podría resultar todavía más peligroso.

Al ir a erguirse, le fallaron las piernas. La cadera protestó de dolor y cayó de rodillas.

Apenas le dio tiempo a que se le mojara la falda porque Matt se apresuró a levantarla.

—Perdón, he perdido el equilibrio —dijo sosteniéndose sobre la pierna buena.

—¿Seguro que solo ha sido eso? —dijo él soltándola a regañadientes—. Será mejor que volvamos a casa —añadió llamando a los perros.

—Yo me caigo todo el rato —le dijo Rosie para tranquilizarla—. ¿Me das la mano?

—Gracias —contestó Sara sonriendo para disimular el dolor—. Estoy bien.

Lo peor estaba por llegar, claro. El camino de vuelta era cuesta arriba y Matt insistió en ir detrás. Sara estaba segura de que él no creía en absoluto que estuviera bien y quería cerciorarse de que llegaba al final sana y salva.

Lo consiguió, pero el dolor era insoportable. Le hubiera gustado tirarse en el césped y dar un descanso a sus pobres piernas, pero no podía ser. Matt le dijo a Sara que fuera a cambiarse de ropa.

—¿Le importaría que subiera a lavarme un poco? —dijo Sara pensando en la cama en la que había descansado antes.

—¿Por qué no se da un baño relajante? —le sugirió él—. Parece usted cansada.

—Gracias, tiene razón.

Sara salió de la cocina sabiendo que la estaba mirando. No sabía lo que pensaba de ella, pero estaba claro que no había mejorado en absoluto la imagen que tenía sobre ella cayéndose en la playa.

Entró en la habitación, cerró la puerta y se derrumbó en la cama con alivio.

¿La habría creído? No parecía probable. Matt era un hombre observador.

Había visto en el reloj de la cocina que eran cerca de las cinco. Habían pasado casi veinticuatro horas desde que se había ido de su casa. Casi veinticuatro horas viuda. Se estremeció. ¿Qué iba a hacer?

Decidió darse un baño caliente para empezar. Tenía que aguantar quince horas más sin irse abajo. Al día siguiente, cuando Matt saliera para llevar a Rosie al colegio, le podía pedir que la dejara en el taller. Con un poco de suerte, tal vez, el coche estuviera arreglado para la hora de comer y, luego, se podría ir.

Pero ¿adónde?

¿Y si Matt no la dejaba irse?

«No debo pensar así», se dijo con severidad.

Puso el agua a correr con un buen chorro de gel con aroma de pino y la idea de relajarse la invadió.

Al quitarse el vestido, se vio en el espejo... cubierta de hematomas. Parecía que había participado en una pelea de boxeo.

Así había sido, más o menos, pero solo uno daba golpes y otro los recibía.

Ahora, él estaba muerto y ella, no...

Se sentó derrotada sobre el bidé. No le había deseado la muerte, pero ¿quién la iba a creer?

Siempre había creído que estaba atada de pies y manos. Max se lo había dejado muy claro. Había amenazado con matar a su madre si se iba. Por no

hablar de lo que le hubiera hecho a ella. Sara sabía por experiencia que su marido cumplía sus amenazas.

Entonces, ¿qué había pasado la noche anterior?

Recordó a Max levantando la mano para golpearla. Sara se había golpeado con la mesa en la cadera y había caído al suelo, donde se cubrió la cabeza segura de lo que iba a suceder a continuación. Se preparó para sentir el golpe, pero nunca llegó porque Max perdió el equilibrio y cayó rodando por las escaleras.

«Fue un accidente», se repitió por enésima vez. Sintió náuseas. Max había perdido el equilibrio porque, al hacerse un ovillo, Sara se había puesto en medio. Pero no había sido adrede. Si no la hubiera golpeado, no habría caído al principio de las escaleras y no habría sido un obstáculo. Nunca se le había ocurrido que pudiera tropezar con ella y partirse el cuello al caer.

Pero así había sido.

Oyó los gritos desesperados de Max al darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

Había sido un accidente.

Tomó aire. Había huido porque temía que no la creyeran. ¿Cómo iban a creer que un hombre fuerte tropezara y se matara? ¿Y cuando le vieran el cuerpo magullado? Entonces, creerían que era culpable, que se había vengado.

Por eso había huido.

En ese momento, llamaron a la puerta del baño y Sara dio un respingo.

—¿Está bien?

Era Max.

—Claro —contestó en un hilo de voz—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Por nada, supongo, pero es que lleva usted ahí metida media hora y no he vuelto a oír movimiento desde que ha terminado de llenar la bañera. Temía que se hubiera quedado dormida dentro. Es peligroso, ¿sabe?

—¿Me está espiando?

—No —contestó indignado.

Sara se arrepintió de acusarlo así, pero no estaba acostumbrada a que nadie se preocupara por ella.

—La cena estará lista dentro de una hora, así que no hay prisa —dijo Matt.

—Gracias —contestó Sara.

—De nada —dijo él con simpatía—. No se ahogue, ¿eh?

Sara sintió que le temblaban los labios.

—De acuerdo.

—Bien.

Lo oyó salir de la habitación y se sintió muy afortunada. Era todo un halago que un hombre se preocupara por ella. Hugo siempre la había tratado con mucho cariño, pero Sara estaba segura de que, de haberse producido una confrontación, habría tomado partido por Max. Al fin y al cabo, era su hermano y, sin él, su carrera de actor no habría llegado a ninguna parte.

«Tengo que dejar de pensar en Max», se dijo.

Se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada y se metió en el agua. Al principio, la cadera y el muslo le dolieron mucho, pero, al cabo de unos minutos, con el agua, se le pasó y pudo relajarse.

Cerró los ojos. ¡Cuánto tiempo hacía que no se daba un baño! Con Max en casa siempre prefería darse una ducha rápida. Aun así, a veces, se le colaba en el baño y...

Abrió los ojos asqueada. Tenía que dejar de revivir el pasado. Era mejor pensar en qué iba a hacer al día siguiente, por ejemplo. Con cierta vergüenza, sintió un inmenso alivio al pensar que Max no le iba a hacer daño nunca más.

Para cuando salió del baño, se sentía mucho más persona. Se secó y se puso un albornoz color crema que había colgado en la puerta.

Se preguntó si a Matt le importaría que se quedara así un par de horas, hasta que se hubiera secado la ropa interior que había lavado. No tardaría mucho, puesto que Max siempre le compraba las braguitas y los sujetadores de encaje.

Al salir a la habitación, se quedó anonadada. Sobre la cama había un paquete de braguitas sin abrir, camisetas recién planchadas y unos pantalones de deporte. Matt no le había dicho que tuviera novia, pero debía de ser así.

¿No había hablado con una tal Emma?

Se acercó y tomó el paquete entre las manos. Le dio la vuelta y soltó una carcajada. ¡Eran de niña pequeña! ¡Eran de Rosie!

Abrió el paquete y miró las braguitas. Eran normales y corrientes, de algodón blanco. Le iban a quedar un poco pequeñas, claro, pero mejor que nada...

Sintió una inmensa gratitud hacia aquel hombre. Estaba claro que Matt quería ayudarla. No podía seguir toda la vida pensando que todos los hombres eran como Max, porque no lo eran.

Se vistió y estaba peinándose cuando llamaron de nuevo a la puerta. Dio un respingo. No podía evitarlo. Era la costumbre.

—¿Sí?

—¿Puedo pasar? —dijo Rosie entrando.

—Me parece que ya has pasado —sonrió Sara—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Rosie se había quitado el uniforme y se había puesto unos vaqueros. Tenía morretes de chocolate y estaba tan adorable que Sara sintió deseos de abrazarla.

—Papá me ha dicho que te diga que la cena estará en diez minutos —declaró mirando a la invitada de su padre con interés—. ¿Te has puesto la ropa de papá?

—Sí —asintió Sara—. Me la ha prestado. ¿Qué tal estoy?

—Bueno... Los pantalones te están un poco grandes, ¿no?

Sara se encogió de hombros.

—¿No te has traído ropa tuya?

—No —contestó sinceramente mostrándole el paquete de braguitas.

—¡Oh, no! —exclamó la niña—. Me las regaló la tía Margaret en Navidad y, bueno, eran un poco grandes para mí, ¿sabes? La pobre está mayor...

—Ah, pues a mí me han venido de maravilla —sonrió Sara.

—¿Te quedan bien?

—Más o menos. ¿Bajamos?

Rosie dudó.

—¿Has cambiado de opinión sobre lo de quedarte? Me gustaría que te quedaras.

Sara suspiró.

—Rosie...

—Es que papá necesitaba ayuda, de verdad. Esta mañana nos hemos quedado dormidos y casi llego tarde al colegio.

Sara sacudió la cabeza.

—No creo que debamos hablar de esto, Rosie.

—¿Por qué no?

—Porque... porque, como te ha dicho tu padre, me tengo que ir mañana.

Rosie apretó los dientes.

–¿No te gusta esto?

–Claro que sí. Tienes mucha suerte de vivir junto al mar.

–Entonces...

–Vamos a cenar –insistió Sara con decisión.

Se miró en el espejo antes de bajar. La verdad era que llevaba unas pintas horribles.

–Espero que tu padre no tenga invitados esta noche.

OceanofPDF.com

Capítulo 5

MATT se despertó y se quedó mirando el cielo. Había dejado la ventana abierta la noche anterior y disfrutó oyendo el ruido de las olas.

¿Por qué estaba inquieto?

Recordó a su inesperada invitada. «Bueno, ya se va», se dijo.

Tenía planeado intentar arrancar el coche al volver de llevar a Rosie al colegio. Obviamente, arrancaría y Sara no tendría excusa. Se marcharía y él podría volver a su trabajo.

No estaba seguro de que fuera a ser tan fácil. A su hija le había encantado aquella mujer, lo que no era fácil. De hecho, le había presentado a todas las candidatas que había entrevistado para ser su niñera y ninguna le había gustado.

A Rosie le había caído bien Sara desde el principio y durante la cena de la noche anterior, había terminado de ganársela. Sabía que Sara no lo hacía adrede. Simplemente, era así.

Rosie había insistido en pintarle las uñas de un rosa espantoso y se había dejado con una sonrisa.

—¿Le gusta? —le había preguntado.

No sabía qué había contestado, pero sí sabía que aquella mujer le interesaba demasiado. Incluso con sus pantalones de deporte, que le estaban enormes, estaba increíblemente guapa.

Se encontró preguntándose si se habría puesto las braguitas de Rosie y si le quedarían pequeñas. Saber que no llevaba sujetador lo había excitado sobremanera.

Al irse a dormir, su hija lo había seguido a su habitación y le había implorado que le pidiera a Sara que se quedara unos días más.

Le había dicho que no, pero cada vez estaba más convencido de que podría ser una buena solución para todos.

No, no podía ser. Se levantó y se enfadó consigo mismo al notar la erección que le había producido pensar en su invitada. Se imaginó en la

cama con ella, dándole placer, aplacando su sed entre sus muslos...

—¿Estás despierto, papá?

¿Qué le estaba pasando? ¿Qué tenía Sara Victor que le hacía tener fantasías eróticas semejantes?

—Cariño, ¿qué haces despierta tan pronto? —sonrió.

—¿Puedo pasar? —dijo mirándolo desde la puerta con el pelo revuelto—. Quiero hablar contigo.

—¿Por qué tengo la impresión de que no me va a gustar lo que me tienes que decir? —contestó Matt sospechando el tema de conversación.

—¡Papá! —exclamó Rosie subiéndose a su cama—. Es sobre Sara.

Matt se echó sobre las almohadas y miró a su hija.

—Querrás decir «señorita Victor».

—Me ha dicho que la puedo tutear —protestó Rosie—. Anoche, cuando vino a darme un beso de buenas noches. Me dijo que eso de «señorita Victor» le recuerda cuando era maestra. ¿Sabías que había sido maestra, papí?

Matt suspiró. ¿Por qué se lo habría dicho? Quiso pensar que lo había hecho sin segundas intenciones.

—Creo que me lo comentó, sí —contestó.

—Papá, por favor, ¿podrías pedirle que se quedara?

—Rosie, ya hablamos de esto ayer...

—Pero, papá, necesitamos una niñera. No paras de decirlo. ¿Por qué no puede ser Sara?

—Rosie...

—¡Por favor!

—Mira, no sabemos nada de ella. Ni siquiera sabemos de dónde ha salido.

—Pregúntaselo —contestó Rosie—. Seguro que te lo dice. A mí me ha contado que le encanta el mar y que de pequeña la obligaron a vivir en la ciudad.

—¿Y de mayor? ¿Qué más te ha contado?

—Que nunca pudo tener un perro... ¿Quieres que le pregunte yo de dónde ha salido?

—No —contestó Matt con decisión.

—Bien —dijo la niña bajándose de la cama—. No le voy a decir nada, pero eres malo, ¿sabes? Muy malo.

—Rosie —dijo Matt agarrando a la niña del brazo—. Intenta comprenderme. Eres lo más preciado que tengo en la vida. ¿Cómo te voy a dejar con una

persona a la que no conozco?

—Tampoco conocías a todas las demás —protestó Rosie.

—Ya, pero las mandaba la agencia.

—¿Y?

—Y... Intenta comprender a tu padre, cariño. No me gusta que te pongas triste, pero...

—Pues no lo hagas —imploró Rosie—. ¡Dale una oportunidad, por favor! Te prometo que me portaré bien. No la fastidiaré como a Hester.

Matt no sabía qué decir. La insistencia de su hija estaba haciendo mella en él. Además, Sara le daba buen espina. Estaba claro que era buena persona.

—Papá...

—Está bien —dijo rezando para no arrepentirse de aquella decisión—. Le daremos unos días de prueba...

—¡Bien! —exclamó la niña, emocionada.

—El fin de semana, ¿de acuerdo? Luego, no te prometo nada.

—De acuerdo... ¿Puedo ir a preguntárselo? Por favor, por favor. Seguro que, cuando le diga que quieres que se quede, cambia de opinión.

—Espera un momento, Rosie. ¿Qué le has estado diciendo?

—No mucho; solo que me gustaría que se quedara —murmuró la niña encogiéndose de hombros—. Me dijo que no podía, pero sé que quiere quedarse, papá. Lo que pasa es que se cree que tú no quieres que se quede.

Matt miró fijamente a su hija.

—¿Te ha dicho eso?

—No, pero lo sé. ¿Puedo ir a decírselo?

—No son ni las siete —contestó mirando el reloj—. Espera y lo hablamos en el desayuno, ¿de acuerdo?

—Tienes que decirle que los dos queremos que se quede, ¿eh?

Para cuando bajó, la señora Webb ya estaba allí.

—Tengo entendido que ya tiene niñera —le espetó a modo de buenos días—. No me había dicho que tuviera entrevistas concertadas ayer.

—¿Quién le ha dicho eso? —dijo Matt sirviéndose una taza de café.

—Rosie —contestó la señora Webb—. También me ha dicho que se ha quedado a dormir aquí.

—A ver... todavía no hay nada decidido —dijo Matt arrepintiéndose de haberse precipitado y maldiciendo a su hija por ser tan bocazas—. No le había dicho nada de las entrevistas de ayer porque, en principio, no iba a haber ninguna.

—Claro —dijo la señora Webb mirándolo con escepticismo—. O sea que salió de la nada, ¿no? Qué casualidad.

Matt sintió que se le acababa la paciencia.

—Ya le he dicho que no está decidido que se vaya a quedar.

—¿La manda la agencia?

—No —suspiró Matt—. Se le estropeó el coche en la carretera, ¿no lo ha visto?

—Sí...

—Bueno, vino a llamar por teléfono, le conté que estaba buscando niñera y se ofreció porque antes era maestra.

—¿De verdad?

—De verdad —dijo Matt dando el tema por zanjado—. ¿Dónde está Rosie? Quiero hablar con ella.

—Creo que está arriba —contestó la señora Webb—. Me ha dicho que iba a despertar a... ¿Sara?

Maldición. ¿Pero qué estaba haciendo su hija? ¿No le había dicho que ya hablaría con Sara durante el desayuno?

Se fue a la biblioteca con el café y la prensa y se quedó mirando por la ventana. Hacía un día maravilloso. Decidió que, tras dejar a Rosie en el colegio, se iba a poner con la novela que tenía entre manos. ¿Y Sara?

No quería pensar en ello en aquellos momentos, así que se puso a hojear el periódico. En portada, unas horribles fotos de la guerra en Oriente Medio, otro escándalo político y alguien que había ganado una fortuna en la lotería.

Nada nuevo.

Oyó a Rosie bajar las escaleras. Estaba a punto de levantarse cuando vio una pequeña fotografía que le llamó la atención. Era Sara.

No se llamaba Sara, claro, sino Victoria. Victoria Bradbury, esposa del empresario de teatro Max Bradbury, y la estaban buscando.

—Victoria —murmuró.

«Señorita Victor...» No había querido mentir demasiado, pero no le había dicho la verdad.

Leyó el artículo y frunció el ceño. Según el periodista, llevaba dos noches desaparecida y tanto su marido como su madre estaban muertos de preocupación. Por lo visto, el señor Bradbury había sufrido una caída y no se había dado cuenta de la desaparición de su mujer hasta la mañana siguiente.

Menos mal que, antes de perder el conocimiento, había podido pedir ayuda por teléfono. Su hermano, el actor Hugo Bradbury, decía que era muy raro que Victoria se hubiera ido sin decirle a su marido adónde. Temían que la hubieran secuestrado. Su marido había pasado una noche en el hospital, pero había pedido el alta voluntaria para ponerse a buscar a Victoria cuanto antes. Max Bradbury era un hombre muy rico y estaba dispuesto a no escatimar en gastos para encontrarla.

El artículo terminaba pidiendo la colaboración ciudadana. Si alguien la había visto, debía llamar a la policía o a un número de Londres.

Matt suspiró, cerró el periódico y se quedó mirando al techo. Volvió a abrirlo y volvió a mirar la foto. Sí, era ella, era Sara... bueno, Victoria.

A no ser que tuviera una gemela, era la mujer que había pasado la noche en su casa. Maldición. ¿A qué estaba jugando?

Sintió cómo el enfado se apoderaba de él. Se había dejado engañar. La había visto tan desvalida que había sentido pena por ella. No había creído lo que le había contado, pero ¿cómo había sido tan tonto como para sentir cierta responsabilidad sobre ella? Se debía de haber reído de él a gusto.

La esposa de Max Bradbury. Se preguntó cuánto tiempo llevarían casados. Aquel hombre debía de andar por los cincuenta, así que debía de sacarle, por lo menos, veinte años. ¿Qué habría pasado? ¿Se habría hartado del viejo? ¿No le prestaría suficiente atención el empresario y habría huido para recordarle la suerte que tenía de tener una esposa joven y guapa?

Entonces, ¿para qué quería un trabajo? ¿Por qué le había dicho que era maestra? Un hombre como Max Bradbury jamás se habría casado con una profesora. No, seguro que era una niña bien.

—El desayuno está listo, papi.

Entonces, Matt se dio cuenta de que Victoria Bradbury no lo había engañado solo a él; también había jugado con los sentimientos de su hija.

Decidió hablar cara a cara con su invitada y, luego, llamar al número que aparecía en el periódico. Le produciría una gran satisfacción devolver a Victoria Bradbury a su casa.

¿No?

Dobló el periódico y lo guardó en un cajón.

—¿Vienes, papá?

—¿Se ha levantado... Sara?

La niña se encogió de hombros.

—Está en el comedor —contestó—. No le he dicho nada, ¿eh?

—Muy bien, vamos.

Al entrar en el comedor, se encontró con que la señora Webb estaba interrogando a Sara-Victoria.

—Buenos días —dijo con alegría.

Llevaba de nuevo el vestido con el que había llegado y Matt no pudo evitar fijarse en sus pechos, que se adivinaban bajo la tela medio transparente. Era azul y verde, a juego con sus ojos... que lo miraban con intensidad.

—Buenos días —contestó ella.

—Siéntate aquí, papá.

Rosie le mostró la silla que había junto a Sara. Matt se sintió como un colegial. Maldición, no era más que una mujer. ¿Qué más daba que se excitara con solo mirarla? Ni siquiera saber que era la esposa de otro hombre lo evitaba, la verdad. Debía actuar con naturalidad.

—¿Ha dormido bien? —le preguntó.

Se moría por sacar el tema de su identidad, pero no podía ser delante de Rosie y la señora Webb.

Para colmo, le había prometido a la niña hablar del trabajo de Sara durante el desayuno.

—Muy bien —contestó ella con educación.

Matt se fijó en que seguía teniendo ojeras.

—Aquí hay mucha tranquilidad —añadió.

—A Sara le gusta mucho esto, papá —apuntó Rosie.

—Usted no es de por aquí, ¿verdad, señorita Victor? —dijo la señora Webb sirviéndole los cereales a Rosie—. Tiene usted acento del sur.

Matt la vio tensarse y conseguir sonreír.

—Eh... sí. Soy de Londres —confesó a regañadientes.

—¿Quiere algo más?

—No, con la tostada me basta —contestó Sara aliviada por el cambio de tema.

—¿Seguro?

—Sí, sí.

—Muy bien —dijo la señora Webb yéndose.

—Está enfadada porque hoy no desayunamos con ella —rio Rosie.

Matt suspiró.

—Es un poco cotilla, ¿sabe?

Sara tomó una tostada y le puso mantequilla, pero Matt se dio cuenta de que apenas la mordisqueaba.

«Así, no me extraña que esté tan delgada», pensó. Bueno, ¿y qué? No era asunto suyo. Seguro que no tenía hambre porque la aterraba que se descubriera la verdad. ¿Por qué mentía? ¿Por qué habría abandonado su casa?

—Hoy no te vas, ¿verdad, Sara? —dijo Rosie dándole una patada a su padre por debajo de la mesa—. Papá, Sara se podría quedar... un día más, ¿verdad?

—No creo que sea buena idea —dijo la aludida.

A pesar de que Matt quería que se fuera, al ver la carita de su hija no tuvo valor para contradecirla.

—Sí, quédese —contestó pensando que merecía una oportunidad para explicarle qué estaba ocurriendo.

Vio que estaba indecisa. Él, también. No le debía nada a aquella mujer y, sin embargo, le daba pena.

No muy inteligente por su parte, seguramente.

Capítulo 6

SARA volvió a su habitación cuando Matt se fue a llevar a Rosie al colegio. No quería que la señora Webb tuviera oportunidad de hacerle más preguntas.

¿Por qué había accedido a quedarse otro día? ¿Por qué no había puesto una excusa y se había ido? Los cotilleos de la señora Webb podían ser peligrosos.

Sí, pero el coche no estaba arreglado todavía.

Y necesitaba dinero.

Se había ido de Londres con las tarjetas de crédito y poco más, pero no las podía usar porque eran fáciles de rastrear.

Trabajar para Matt Seton habría sido una buena solución, pero debió imaginar que le iba a pedir referencias y a hacer todo tipo de preguntas. Al fin y al cabo, estaba en su derecho.

Sabía que debería irse cuanto antes, antes de hacer o decir algo inconveniente. La noche anterior había olvidado prácticamente lo sucedido. Se lo había pasado tan bien en la cena... ¿Era mala persona por ello? Por primera vez en muchos años, se había sentido realmente ella, sin miedo.

Si Max la hubiera visto habría dicho que había dejado que Rosie le pintara las uñas para atraer la atención de Matt. Si Max hubiera estado allí, habría convertido un juego inocente en algo feo.

¿De verdad había sido tan inocente o realmente, como siempre le decía su marido, era una provocadora nata? Era cierto que le había gustado Matt desde que lo había visto bajar del Range Rover el día anterior. Era inútil no querer verlo. Matt era un hombre atractivo que no tenía nada que ver con Max.

¡Gracias a Dios!

¿Por qué estaba tan segura de que era una buena persona? No debía fiarse mucho de sí misma. Al fin y al cabo, se había casado con Max Bradbury, ¿no? Lo había tomado por un buen hombre; al ser mucho mayor que ella le

había inspirado confianza y su intención de apartarla de la monótona existencia que, según él, llevaba le había parecido a Sara amor y no un horrible deseo de posesión. Lo único que había hecho por ella había sido convertir su vida en una pesadilla.

Y, desde la tumba, seguía controlándola de alguna forma.

Se estremeció. ¿Cómo podía pensar en Matt Seton cuando su marido estaba en el tanatorio por su culpa? Se preguntó qué pensaría Matt cuando se enterara de quién era en realidad. La tomaría por una asesina. Obviamente, no le haría ninguna gracia que su hija estuviera con alguien así.

Y en cuanto a algo más... sonrió amargamente. No había hombres en las cárceles de mujeres.

La verdad era que lo mejor que podía hacer por ellos era irse; no quería ocasionarles problemas, pero el coche... siempre el coche...

Matt no tardaría mucho en enterarse de la verdad. Max era conocido. Seguro que los medios de comunicación se hacían eco de su muerte tarde o temprano.

Se acercó a la ventana. Hacía un día maravilloso. Decidió que, como sabía cuánto tiempo le quedaba de libertad, tenía que aprovecharlo y salió a dar una vuelta por la playa. Quería sentir el viento y el sol.

Necesitaba tiempo a solas para pensar qué iba a hacer.

Llevaba un rato andando por la playa, disfrutando de aquella inusitada libertad, cuando oyó su nombre. Obviamente, era Matt.

Suspiró y se giró un poco molesta. ¿Por qué no la dejaba un poco en paz? No era su guardián, ¿no?

Sin embargo, se encontró con algo que la hizo cambiar de opinión rápidamente. Había subido la marea y no podía retroceder. Matt estaba al otro lado del agua. Sara intentó no tener miedo.

Observó cómo Matt se metía en el agua e iba hacia ella.

—¡No se mueva! —le gritó con el agua por los muslos.

Sara obedeció nerviosa. ¿Qué habría hecho si no llega a aparecer Matt? Apenas sabía nadar. Si Max hubiera estado allí, le habría recordado lo estúpida que era.

Matt llegó a su lado y Sara lo miró con ojos de disculpa.

—Debería haberle dicho a la señora Webb que venía a dar un paseo, ¿verdad? Lo siento, solo quería que me diera un poco el aire. No sabía

que...

–Bueno –la interrumpió Matt con un suspiro de exasperación–. Vámonos de aquí antes de que siga subiendo el agua. Como yo ya estoy mojado, la llevaré en brazos.

–No es neces...

Ni caso. En un abrir y cerrar de ojos, se vio en sus brazos y no pudo ahogar el grito de dolor que eso le produjo en la cadera.

–¿Le he hecho daño? –preguntó Matt viéndola palidecer.

–No... no es nada –contestó intentando disimular–. Es que me ha sorprendido.

–Agárrese –le indicó mirándola con curiosidad.

Sara le pasó los brazos por el cuello y Matt comenzó a andar hacia la arena seca del otro lado. No pudo evitar fijarse en su boca, en sus largas pestañas, en el olor de su jabón...

Se fue dando cuenta de la reacción que provocaba en ella y se preguntó si a él también le pasaría lo mismo. ¿Estaría excitado?

Qué bien se sentía entre sus brazos. ¿Cómo sería sentirlo en zonas más íntimas?

«Esto tiene que parar», se reprochó a sí misma. Nunca había tenido fantasías sexuales con nadie. Nunca le había interesado demasiado el sexo. La única persona con la que se había acostado había sido su marido.

Nada más recordar a Max, se estremeció con violencia.

–¿Se está mojando? –le preguntó Matt.

–No –contestó con más dureza de la necesaria.

–Bueno, ya casi hemos llegado –dijo Matt enarcando una ceja sin comprender qué pasaba–. Le debería haber advertido que las mareas por aquí son peligrosas.

–No ha sido culpa suya –contestó Sara–. Ya puede bajarme.

–¿Y si no quiero?

Sara lo miró sorprendida.

–Me parece que usted y yo, señora Bradbury, tenemos que hablar, ¿verdad?

Sara se había quedado de piedra.

–¿Cómo sabe quién soy? –preguntó sin molestarse en negar su identidad.

Matt la depositó en el suelo.

—¿Usted qué cree? Porque he visto su fotografía en el periódico —le aclaró—. ¿Le importa que sigamos hablando cuando me haya cambiado de ropa? Estoy calado.

Sara sintió la boca seca, pero tenía que hablar, tenía que defenderse.

—Fue... fue... un accidente —acertó a decir—. No fue culpa mía. No quería...

—¿Engañarme? Sí, claro —dijo yendo hacia la casa—. Voy a cambiarme antes de agarrar una pulmonía y ahora hablamos.

Intentó despegarse los vaqueros de la piel, pero lo único que consiguió fue que Sara se quedara mirando fijamente la tela que cubría su erección.

—Me parece que no estoy tan frío como creía —comentó Matt siguiendo su mirada.

Sara se sonrojó hasta las orejas.

—Venga, vamos... Por cierto, ahora, cuando entremos en casa, le voy a decir a la señora Webb que le mire la cadera. Antes de casarse, era enfermera.

Sara apretó los labios. No era el momento de ponerse a discutir, pero el hecho de que supiera quién era no le daba derecho a decirle lo que tenía que hacer. No pensaba dejar que la señora Webb ni nadie la examinara. Si la detenían... se mojó los labios. Bueno, ya vería entonces cómo hacía frente al problema. Hasta entonces...

Subir el camino de vuelta le costó todavía más que el día anterior. El dolor era espantoso. Además, tenía miedo. ¿Habría llamado Matt a la policía ya o le dejaría contar su versión antes de entregarla?

—Debería haberme dicho que iba a salir. Le habría advertido sobre las mareas —la regañó la señora Webb nada más llegar.

—Lo sé —dijo Sara.

—Vuelvo en quince minutos —indicó Matt desapareciendo y dejándola a solas con el ama de llaves.

—Voy a subir a mi habitación un rato —dijo Sara intentando escaparse.

—¿Por qué no se queda un rato conmigo? —dijo la señora Webb.

—Eh... porque tengo que ir al baño —mintió Sara.

—¿Hace mucho que conoce a Matt?

La pregunta la pilló por sorpresa.

—No, desde ayer. Creía que lo sabía.

—Sé lo que me ha dicho él y lo que veo. Me parece extraño que Matt se preocupe tanto por una persona que apenas conoce.

—De verdad, no nos habíamos visto nunca antes.

La señora Webb se encogió de hombros y volvió a revolver el guiso que estaba preparando, momento que aprovechó Sara para salir de la cocina.

Se metió corriendo en su habitación, su refugio, y se tumbó en la cama. Aunque aquella no era su casa, se sentía a gusto en aquel dormitorio.

No como en su propio piso, situado en una de las mejores zonas de Londres. Max había contratado a una famosa empresa de decoración y ella no había podido ni abrir la boca. Odiaba cómo lo habían decorado. Era una casa sin alma.

Más bien, odiaba todo lo que tenía que ver con la vida que llevaba con Max. Odiaba su Rolex, sus trajes de Armani y su Bentley. Para él, ella solo había sido un objeto más. La única diferencia era que trataba mejor su reloj, sus trajes y su coche que a ella.

Se levantó el vestido para ver cómo tenía la cadera. Maldición. Le estaba empezando a sangrar. No debía permitir que se le manchara el vestido. Fue al baño a ver si encontraba tiritas.

—¿Sara?

Era Matt. Sara sintió pánico. Una cosa era que supiera lo de la caída de su marido y otra que viera sus heridas. Se moría de la vergüenza. Estaba decidida a conservar la dignidad hasta que llegara la policía.

—¿Qué quiere?

—¿Puedo pasar?

—¿Para qué? No necesito ayuda.

—No era por eso... Es que le he traído un regalo.

¡Un regalo!

Sara parpadeó.

—Eh... déjelo sobre la cama —contestó preguntándose qué sería—. Ahora salgo.

—¿Qué hace? ¿Qué tal la cadera?

Sara se estremeció.

—Bien, gracias —mintió.

Matt no la creyó y abrió la puerta.

—¿Qué...? —se interrumpió al ver la cadera herida—. ¿Se lo he hecho yo? —añadió asustado.

—Claro que no —contestó Sara intentando mantener la calma.

Al darse cuenta de que las braguitas que llevaba eran muy pequeñas, dejó caer la falda del vestido.

—Me caí antes de llegar aquí.

—Se cae usted mucho, ¿no? —dijo Matt mirándola con incredulidad.

—¿Qué quiere usted decir?

—Su marido también se cayó, ¿no? ¡Qué casualidad!

—¿Qué sabe usted de eso?

—Nada, pero estoy deseando que me lo cuente. No quiero parecer pesado, pero una caída no es suficiente para tener la cadera así.

—Si usted lo dice —contestó Sara—. ¿Me va a entregar?

Matt la miró a los ojos.

—¿Entregarla? —repitió anonadado—. Habla usted como si fuera una delincuente. Por lo que tengo entendido, huir de casa no es un delito.

—¿Huir de casa? Pero ha dicho que sabía que... Max se había caído.

—¿Y?

—Y... ¿Cómo lo sabe? ¿Sabe que... está muerto?

—¿Muerto? ¡No! El periódico decía que había podido llamar a una ambulancia antes de desmayarse. Pasó una noche en el hospital y le dieron el alta ayer por la mañana. Su marido teme que la hayan secuestrado.

Capítulo 7

MATT no creía que Sara se pudiera poner más pálida, pero así fue.

–No... no puede ser. Me está usted mintiendo –dijo en un hilo de voz.

Matt se preguntó por qué la noticia de que su marido estuviera vivo la afectaba tan negativamente.

–¿Por qué le iba a mentir? Sara...

–Max me llama Victoria –dijo antes de desmayarse.

Era la segunda vez que tenía que recogerla del suelo. No pesaba nada. ¿Cuánto tiempo llevaría sin comer bien? En el día que llevaba en su casa, había picoteado, pero nada más.

La puso en la cama mientras miles de preguntas se agolpaban en su cabeza. ¿Por qué no comía? ¿Por qué huía? ¿Por qué tenía aquella herida en la cadera? Obviamente, por miedo, pero ¿de qué?

Se quedó mirándola. No parecía una esposa mimada que huyera de su marido para fastidiar.

Vio que estaba volviendo en sí y, como sabía que no le iba a contar nada, decidió hacer algo que esperaba que le perdonara.

Le levantó la falda y observó la terrible lesión. No tenía mucho tiempo, así que volvió a ponerle el vestido bien y se sentó a su lado sin saber qué decir. Estaba horrorizado.

Tenía cicatrices y hematomas por todo el cuerpo, unos más recientes que otros. Le habían pegado, y mucho. Matt sintió deseos de matar al hombre que le hubiera hecho aquello.

–¿Ha sido su marido? –le preguntó por fin.

–¿Qué más da? –contestó Sara, que había despertado por completo.

–Tiene que verla un médico.

–No –contestó ella con decisión.

Matt pensó que no era el momento de decirle que él, antes de convertirse en escritor, se dedicaba a la medicina.

–Hay un botiquín de primeros auxilios en mi baño –le dijo–. Déjeme que la cure.

–Puedo hacerlo yo sola –protestó.

–No lo pongo en duda, pero prefiero asegurarme de que no hay infección –insistió Matt indicándole que no se levantara de la cama.

–No hay infección, solo sangra un poco.

–Ya lo veo.

–Señor Seton...

–No me llame así –le pidió Matt con impaciencia–. Ya es tarde para comportarnos como si no nos conociéramos de nada. No es cierto y ambos lo sabemos. Aunque no le guste, me siento responsable de usted.

–¡No me tenga lástima!

–No lo haré si hace lo que le diga.

–Eso se me da muy bien, se lo aseguro –contestó Sara con tristeza.

–Sara...

–¿No sería mejor que me llamara Victoria? –le dijo con amargura–. ¿Me he desmayado?

–Sí –asintió Matt–. Quédese aquí, por favor. Ahora mismo vuelvo.

–¿Me ha dicho que Max... está vivo?

–Sí –dijo Matt dubitativo–. ¿Por qué creía que no lo estaba? ¿Qué pasó antes de que huyera de su casa?

–Estaba muy quieto –murmuró recordándolo–. No tenía pulso. Estaba segura de que... –apretó los labios–. Dios mío, se va a poner como loco cuando descubra que me he ido.

Matt sintió que lo invadía la ira, pero consiguió controlarse.

–Tumbese, ¿de acuerdo? Voy a por mis cosas.

Sara no contestó.

Matt se apresuró a agarrar la bolsa que tenía en su armario. Al volver, se la encontró sentada en la cama. Se había bajado más el vestido aun a riesgo de manchárselo. Obviamente, todo aquello la mortificaba.

–A ver qué tenemos por aquí –dijo Matt intentando comportarse con naturalidad–. Tiritas, vendas... y pomada antiséptica. Bien.

–No hace falta, de verdad –murmuró Sara.

–Tenemos que hablar –dijo Matt abriendo las tiritas–. ¿Por qué no empieza por contarme por qué creía que su marido estaba muerto? ¿Intentó matarlo?

—¡No! —gritó con horror—. Max se cayó por las escaleras de casa. Le tomé el pulso, pero no se lo encontré —añadió tomando aire—. No fue Max quien llamó a la ambulancia, sino yo.

—¿Por qué no se quedó a esperarla? —dijo Matt intentando distraerla. La tumbó sobre las almohadas y le volvió a levantar el vestido—. No entiendo por qué huyó.

—¿No? —rio sin ganas—. Bueno, no sé si lo entenderá, pero creo que sufrí un ataque de pánico. Tuve miedo de que nadie creyera mi versión de los hechos.

Matt frunció el ceño.

—Yo la creo —dijo—. Viendo lo que ese canalla le ha hecho es imposible no creerla. Por Dios, Sara, ¿por qué no se separó?

Sara contuvo el aliento.

—Nunca nadie creería que Max me ha hecho esto. Si lo conociera, le parecería un hombre encantador. Hugo lo cree así y mi madre, también. Según ella, soy una esposa desagradecida.

Matt terminó de limpiar la herida y apretó los dientes con rabia. ¿Quién demonios era aquel Hugo?

—¿Quién es Hugo? —preguntó presa de los celos.

—El hermano de Max —contestó Sara.

Matt se sintió de lo más estúpido. Claro que era su hermano; recordaba haber leído su nombre en el periódico.

—No sabe nada. Él cree que somos la pareja ideal. Es un romántico empedernido.

—¿Y su padre? —preguntó Matt, furioso ante la brutalidad de su marido.

—Mi padre murió hace mucho tiempo y mi madre jamás me creería. Vive muy bien gracias a Max —dijo avergonzada—. ¿Ha terminado?

—No —contestó Matt—. Maldita sea, Sara, las mujeres no tienen por qué aguantar esto. ¿Por qué no se divorció?

—No lo entendería... Le agradezco lo que está haciendo por mí, pero, por favor, no me venga ahora con consejos, ¿de acuerdo? Sé lo que estoy haciendo y lo que tengo que hacer y divorciarme no es posible.

—¿Por qué no? —dijo Matt con impaciencia.

Sara lo miró, pero no le contestó.

—Ahora que sabe quién soy en realidad, me tengo que ir, tengo que volver.

—¡No! —exclamó pensando en lo que sería capaz de hacerle su marido.

Había terminado de vendarle el muslo y era obvio que ella se quería levantar de la cama, pero no se lo permitió aún. La acarició y la miró con deseo.

—Por favor —rogó Sara.

—Me gustas —confesó.

—Oh, Matt —susurró con un sollozo.

Sin pensar lo que hacía, inclinó la cabeza y le besó la herida.

Sara dio un respingo y apretó los puños. Matt se dio cuenta de que Sara no había hecho nada ni para pararlo ni para indicarle que siguiera. La decisión dependía de él. Debía comportarse, pero era tan difícil dejar de acariciar aquella piel tan maravillosa...

Se moría por explorar todo su cuerpo. No podía parar.

Siguió besándola y subió hasta la tripa, deslizó las manos por dentro del vestido hasta tocarle el sujetador. Quería quitárselo, veía los pezones erectos y su reacción física ante el cuerpo de Sara no se hizo esperar. La erección era tan fuerte que le dolía.

¡Dios!

Tenía que parar. Se apartó y la miró a los ojos. Y allí vio lo último que había esperado ver: arrepentimiento. Entonces, ¿le había gustado?

—¿Me dejas levantarme ya o me vas a pedir que te pague por tus servicios? —le espetó con frialdad—. Max siempre dice que todos los hombres sois iguales en eso.

Matt se sonrojó. Se apartó hasta los pies de la cama y se preguntó cómo había sido tan tonto como para pensar que Sara podía querer algo con él.

—Perdón —dijo Sara acercándose a él—. No debería haberte dicho eso. En realidad, yo nunca diría con el corazón algo así.

—¿No? —dijo Matt decidido a no poner sus sentimientos al descubierto de nuevo. Se puso en pie y se metió las manos en los bolsillos en lo que esperaba fuera una actitud de indiferencia—. Me alegro, porque no quiero que pienses que estaba intentando seducirte.

—Claro que no —contestó Sara poniéndose también en pie—. Matt, sé que lo haces con buena intención, pero...

—No me vengas con sermones —la interrumpió con dureza—. Es obvio que he hecho el idiota y te pido perdón —añadió alejándose de ella—. Te voy a dejar sola. Llámame cuando hayas decidido qué quieres hacer...

—¡No! —dijo Sara agarrándolo del brazo—. Por favor, Matt, no te vayas enfadado conmigo.

Matt suspiró.

—No estoy enfadado contigo —le aseguró fijándose en la bolsa que había dejado sobre la butaca—. Te he comprado un par de cosas para que te puedas cambiar de ropa antes de irte.

Sara no se molestó ni en mirar los vaqueros y la camiseta que le había comprado.

—¿Quieres que me vaya?

—Creía que eso era lo que querías hacer —contestó intentando controlar la urgencia de rogarle que se quedara.

Sara tragó saliva.

—Es lo que debo hacer —dijo por fin—. Si me quedo, podría traerte problemas.

—Eso no me preocupa —dijo Matt—. Es tu decisión. Yo no te echo, que lo sepas.

Sara lo miró a los ojos.

—¿Me puedo quedar hasta mañana?

—Te puedes quedar todo el tiempo que quieras —contestó Matt besándole la mano—. No apruebo lo que vas a hacer, pero cuenta conmigo para lo que quieras. Aquí, estás a salvo, te lo aseguro.

—Oh, Matt —dijo acariciándole la cara con la otra mano—. No sé cómo darte las gracias.

—No hace falta.

Sara se acercó y le dio un leve beso en los labios.

—Me gustaría quedarme unos días si no te importa —confesó—, pero voy a tener que decirle a Max... que estoy bien.

—¿Por qué no dejas eso en mis manos? Le escribes una nota, me la das y ya me encargo yo de hacérsela llegar. Así, no corremos el riesgo de que averigüe dónde estás.

Sara lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿De verdad? ¿Cómo?

—Mejor que no lo sepas —contestó Matt apartándole la mano de la cara para no tener tentaciones—. No te preocupes. No voy a montar ningún escándalo. No hasta que sepa hasta qué punto te tiene atrapada —añadió

yendo hacia la puerta—. Comprueba si la ropa te está bien. Por cierto, la señora Webb es de confianza, de verdad.

Sara observó con tristeza cómo salía del dormitorio.

Una vez en el pasillo, Matt se preguntó cómo se iba a poner a escribir la novela en aquel estado.

OceanofPDF.com

Capítulo 8

SARA se pasó el resto de la mañana en su habitación intentando asimilar lo que Matt le había dicho.

Max no estaba muerto.

Se estremeció.

Decidió dejar de pensar en lo horrible que había sido su vida con él. Ahora, estaba a cientos de kilómetros de Londres. A salvo.

Se levantó y fue hacia la bolsa de ropa que le había comprado Matt. Había unos vaqueros de su talla, un par de camisetas, ropa interior de algodón y unas zapatillas de deporte.

Dos lagrimones le resbalaron por las mejillas ante tanta amabilidad. Aunque al principio no había querido que viera lo que Max le había hecho, ahora se alegraba de tener alguien que la comprendiera y con quien pudiera hablar.

Se metió en el baño y se quitó el vestido.

Cuánto le había gustado cuando se lo había comprado y qué asco le daba en aquellos momentos.

La última pelea con Max había empezado precisamente por aquel vestido. Hacía tiempo que no se compraba nada por su cuenta porque era su marido el que le compraba la ropa, pero aquel vestido de gasa le pareció elegante para la exposición de pintura que tenían la noche del accidente.

A él, por supuesto, no se lo había parecido. La había acusado de querer exhibirse, espetándole con crueldad que solo una fresca se vestía así.

Se puso los vaqueros intentando borrar aquellas imágenes de su mente. La camiseta le quedaba por encima del ombligo y sintió miedo, pero se dijo que Max no estaba allí y que podía disfrutar, por fin, de la ropa que le diera la gana.

Para cuando bajó a comer, se sentía mucho mejor consigo misma.

—Está usted muy guapa —le dijo la señora Webb, que estaba en el comedor poniendo la mesa—. Matt tiene buen gusto.

Sara sonrió agradecida.

—¿Dónde está?

—En su despacho —contestó la mujer—. Me ha dicho que fuera comiendo usted sin esperarlo porque tiene un montón de trabajo y tiene que ir a buscar a Rosie a las tres.

—No sabía que estuviera escribiendo un libro —dijo con pesar—. Tengo que pedirle perdón, no he debido de dejarle mucho tiempo para trabajar.

—¿He dicho yo acaso que se haya quejado? Si quiere que le diga mi opinión, Matt está encantado de su presencia. La vida de un escritor puede ser muy solitaria, ¿sabe? Desde que Hester se jubiló, se ha tenido que conformar con mi compañía y la de Rosie.

—¿Quién es Hester?

—La niñera de Rosie —le explicó la señora Webb—. Se vino a vivir aquí con ellos cuando se mudaron. Bueno, siéntese, que ahora le traigo la comida.

Sara hubiera preferido comer en la cocina como el día anterior, pero temió que a la señora Webb le parecieran demasiadas confianzas por su parte.

No sabía lo que Matt le había contado, así que supuso que era mejor mantener cierta distancia.

El ama de llaves volvió con una lasaña maravillosa y pan recién hecho. Para su sorpresa, Sara se dio cuenta de que tenía hambre por primera vez desde que se había ido de Londres.

—Qué buena está —dijo probándola—. ¿La ha hecho usted?

—Claro. No me gusta nada esa comida prefabricada que venden ahora, ¿sabe? Entiendo, por supuesto, que la gente que tiene que trabajar no se pueda pasar la mitad del día en la cocina.

—Sí —dijo Sara recordando cuando cocinaba para su madre y para ella.

Eso había sido antes de que Max apareciera en sus vidas, antes de que llegara al colegio donde ella trabajaba con un cheque para equipar un nuevo gimnasio y la decisión de convertirla en la siguiente señora Bradbury.

Antes de que su madre viera en él la última oportunidad de abandonar aquella vida que, según ella, rayaba en la pobreza.

—¿Quiere algo más? ¿Helado?

—No, gracias —contestó apartando por enésima vez a Max de su cabeza—. ¿Cree que a Matt le importará que me lleve a los perros a dar una vuelta?

El ama de llaves la miró sorprendida.

—Le encantará, pero ¿va a poder con ellos? Son un poco salvajes.

—No soy tan débil como parece —sonrió Sara—. No se preocupe, no voy a volver a bajar a la playa.

—Ahora sí puede bajar si quiere, porque la marea está bajando.

Sara acompañó a la señora Webb a la cocina y la ayudó a poner el lavaplatos antes de salir al jardín. Los dos perros la recibieron con gran alboroto.

Sara estaba tan concentrada en acariciarlos que no se dio cuenta de que una mujer joven había doblado la esquina y la estaba mirando.

Obviamente, por cómo la estaba observando, no le había hecho gracia encontrársela allí. Sara sintió miedo. ¿Y si la reconocía? ¿Quién sería aquella mujer?

En ese momento, apareció la señora Webb y le contestó a aquella última pregunta.

—Señorita Proctor —sonrió el ama de llaves—. ¡Qué sorpresa!

La mujer se acercó. Iba vestida de beis, impecable, y Sara se alegró de no haber abierto el vallado en el que estaban los perros. A la señorita Proctor no parecía gustarle que los perros le pusieran las patas encima.

—¡Hola, señora Webb! —saludó—. Hace un día estupendo, ¿verdad? —añadió ignorando a Sara por completo.

Sí, era un día fantástico y Sara rezó para que la recién llegada no se lo estropeará. ¿Cómo podía pensar así? Si había alguien que no tenía derecho a estar allí, era ella, por supuesto.

—¿Matt está trabajando? —preguntó la señorita Proctor con frialdad y arrogancia.

Sara tuvo la impresión de que se creía superior a la señora Webb.

—Me temo que sí —contestó el ama de llaves entregándole a Sara los collares de los perros—. ¿La puedo ayudar en algo?

«Sí, seguro», pensó Sara decidiendo que aquella señorita no quería nada con el servicio. Bueno, aquella situación no tenía nada que ver con ella, así que decidió sacar a los perros e irse.

—No los iré a soltar, ¿verdad? —la interrumpió la voz de la señorita Proctor—. Quiero decir, preferiría que no los soltara ahora.

Sara miró a la señora Webb.

—Señorita Proctor, pase conmigo dentro, entonces. Si quiere, puede tomarse una taza de café antes de irse —añadió con resignación.

La mujer asintió con fastidio.

—Gracias —contestó mirando a Sara con curiosidad—. No sabía que Matt hubiera contratado a nadie para pasear a los perros —apuntó mojándose los labios—. ¿Es usted de por aquí, señorita...?

—La ha mandado la agencia.

La aparición de Matt las pilló a las tres por sorpresa.

—Ya te había dicho que seguía buscando niñera para Rosie, ¿verdad, Emma? —añadió Matt—. Te presento a la señorita Sara Victor. Hemos decidido estar una semana a prueba para ver qué tal todo.

¡Emma!

La mujer con la que había oído a Matt hablar el día anterior.

—Creía que me habías dicho que no habías encontrado a nadie que te gustara —exclamó Emma mirando a Sara de reojo—. Un poco precipitado, ¿no?

—Es cuando mejor salen las cosas, cuando se hacen sin pensar —contestó Matt con tranquilidad—. Sí, la verdad es que Sara llegó ayer.

—Se lleva muy bien con Rosie —apuntó la señora Webb para que no la dejaran fuera de la conversación.

Sara deseó que dejaran de hablar de ella como si no estuviera allí. La verdad es que así era mejor. Cuanta menos atención se centrara en ella, mejor.

—Cierto —dijo Matt.

Sara se preguntó si era justo que la cubriera de aquella manera.

No solo Matt, también la señora Webb.

A Emma Proctor no parecía gustarle aquella decisión tan repentina y se lo dejó muy claro. Ni la miró a la cara.

—La señora Webb me ha dicho que estabas trabajando, pero quería hablar contigo un rato sobre los libros que me ibas a firmar para la fiesta del colegio Darren.

Matt esbozo una sonrisa forzada.

—Bueno... Es que, ahora, estoy trabajando...

—Solo será un momento —insistió Emma mirando con impaciencia a las otras dos mujeres—. He venido única y exclusivamente para eso.

Matt tomó aire.

—Muy bien —dijo resignado—. Pasa.

La señora Webb le hizo una mueca a Sara mientras Emma subía los escalones en actitud triunfante. Sara sintió una repentina camaradería con el ama de llaves.

—¿Qué haces? —dijo Matt agarrándola del brazo cuando se disponía a soltar a los perros.

—La señorita Victor quería dar un paseo a los perros y le he dicho que no había problema —contestó la señora Webb.

—No puede ser.

—¿Por qué no? —le espetó Sara soltándose.

—Porque podrías perderte. Espera a que vuelva Rosie y, luego, vamos los tres.

—No creo que la señorita Victor se pierda, Matt —intervino Emma recordándole su presencia.

Matt no dijo nada más, pero la miró con dureza.

—Está bien —dijo Sara encogiéndose de hombros. Al fin y al cabo, Matt se estaba jugando el cuello por ella—. Supongo que, de todas formas, tendré que irme en breve a buscar a Rosie.

—De eso, ya hablaremos —contestó Matt con impaciencia entrando en la casa con Emma—. Ahora salgo.

Sara apretó los labios y se volvió hacia los perros.

—Lo siento, chicos —sonrió—. Vais a tener que esperar un poco.

—Entonces, ¿se queda? —le preguntó la señora Webb.

—Solo unos días —contestó Sara—. ¿Qué le ha contado Matt?

—¿A mí? —dijo el ama de llaves, sorprendida—. Matt no me tiene que dar explicaciones de su vida.

Sara suspiró.

—Ya lo sé, pero... seguro que le ha dicho algo.

La señora Webb se cruzó de brazos.

—Ya le he dicho que si Matt dice que va a ser usted la niñera de Rosie, va a ser usted la niñera de Rosie y a mí me parece bien.

—Señora Webb...

—De acuerdo, está bien. Me ha pedido que no diga que está usted aquí. Sé que tiene usted algún tipo de problema y que Matt la está ayudando. Es lo único que sé. Confío en Matt y sé que sabe lo que está haciendo. Es un buen psicólogo, ¿sabe?

Sara la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Es psicólogo? No me lo había dicho.

—Bueno, no le gusta decirlo —dijo la señora Webb—. Tengo que volver a la cocina...

—¿Por qué lo dejó?

La señora Webb suspiró.

—Para escribir, por supuesto.

—¿Cuando lo dejó su mujer?

—Señorita Victor...

—Llámeme Sara, por favor.

—Sara, creo que esas preguntas se las tiene que hacer a él, ¿no le parece?

Sara se sonrojó.

—Perdón, no quería cotillear.

—Ya lo sé... Mire: Carol, la ex mujer de Matt, no quiso dejar la cómoda vida que llevaba como esposa de un médico. Así de claro. Antes de ponerse a escribir, Matt no era rico, ¿sabe?

—Pero dejó también a su hija... —objetó sin entender cómo una madre podía hacer algo así.

El ama de llaves asintió.

—Sí, se casó con un compañero de Matt del hospital una semana después del divorcio y parece ser que Rosie los estorbaba —sonrió con amargura metiéndose en la casa como decidiendo que ya había dicho suficiente.

Capítulo 9

MATT se quedó mirando la pantalla del ordenador y se revolvió incómodo. Por primera vez en su vida de escritor, le estaba costando concentrarse en su trabajo, y aquello lo ponía muy nervioso.

Sabía lo que le pasaba, por supuesto. Se estaba metiendo demasiado en la vida de Sara. A pesar de que le había prometido que no haría nada que pudiera indicarle a su marido dónde se encontraba, se moría por llamarlo y decirle lo que pensaba de él. De hecho, se moría por darle un buen puñetazo, algo completamente impropio de él.

¿Por qué sentía aquella obligación sobrehumana de protegerla? ¿Y por qué le había dicho a Emma que Sara era la nueva niñera de Rosie? Supuso que, para entonces, ya lo debía de saber todo el condado.

En los tres días que habían transcurrido desde la visita de Emma, Sara se había encargado sin problemas de la niña.

Aunque Sara no era niñera, sí se veía que había sido maestra porque se le daban realmente bien los niños. Se llevaba bien con su hija y Rosie la adoraba. En circunstancias normales, se habría sentido un hombre con suerte por tenerla allí, pero las circunstancias eran todo menos normales.

Una de las cosas que más lo desasosegaba era que Sara se había negado a decirle por qué seguía con su marido. Cada vez que se lo había preguntado, le había contestado que daba igual, que total se iba a ir dentro de unos días.

Aquello era lo que lo tenía bloqueado, claro. ¿Por qué se sentía atada a él? ¿Qué oculto poder tenía aquel hombre sobre su vida?

¡Maldición! Se levantó y se puso a mirar el mar desde la ventana. Tenía que dejar de comportarse como si tuviera algo que decir en el futuro de Sara. Excepto la escena del dormitorio en la que había hecho completamente el tonto, su relación era la de un jefe y una empleada.

Le parecía tan lejana que se preguntó si no lo habría soñado, pero, al recordar los hematomas que tenía por todo el cuerpo, supo que no.

Había cumplido la promesa de hacer llegar a Max Bradbury la nota de su esposa en la que le decía que estaba bien. Tenía un amigo en el *London Chronicle* que le debía un favor y le había pedido ayuda. Por supuesto, Sara no sabía que su nota había sido publicada. Lo había hecho para impedir que el canalla de su marido no dijera nada y siguiera clamando que la habían secuestrado.

Como esperaba, a los editores del periódico les había parecido algo raro y le habían pedido explicaciones a Max. El muy cretino había dicho que, debido al golpe de la cabeza, había sufrido una pérdida temporal de memoria, pero que había recordado al leer la nota que su mujer se iba a casa de una amiga que tenía en el norte del país.

Sabía que no debería haberlo ridiculizado públicamente, pero ya era demasiado tarde. Apretó los puños al comprender que Victoria iba a pagar su error.

¡Victoria!

Apretó los dientes. Según ella misma le había contado, no se llamaba Victoria. La habían bautizado como Sara, pero a Max no le había parecido suficientemente sofisticado y ella, por supuesto, no había protestado.

Había decidido no enseñarle el último artículo aparecido en la prensa para no preocuparla, porque en él Max Bradbury daba a entender que sabía que estaba en el norte de Inglaterra.

No podía saberlo, lo debía de haber dicho a boleo y había acertado. Tenía que ser eso.

Había devuelto el coche que Sara había alquilado y ella no había dicho nada. Parecía feliz de no tener ningún tipo de obligación ni nada de lo que preocuparse.

En ese momento, sonó el teléfono.

Era Rob Marco, su agente, un buen amigo que se encargaba de las negociaciones económicas con las editoriales.

Llamaba para informarlo de que Nash, el editor con el que solían trabajar, le ofrecía la oportunidad de firmar una trilogía a cambio de una cifra astronómica de siete cifras.

Era una propuesta buenísima, pero ni eso hizo que se alegrara. Estaba demasiado preocupado.

—¿Qué te pasa, Matt? Te noto raro.

—No, no te preocupes. No me pasa nada.

—¿Es Rosie? —preguntó Rob preocupado.

—No, la niña está bien.

—¿Le has encontrado niñera?

—Más o menos.

—¿Qué es eso de «más o menos»? ¿Sí o no?

—Es solo temporal.

—Uy, uy, uy, te veo muy raro. ¿Qué pasa? ¿Te gusta la niñera de tu hija?

Matt se quedó sin palabras ante la agudeza de su amigo.

—¿Es eso? Madre mía, Matt, no te aconsejo que mezcles el amor y el trabajo. Claro, así decía yo que estabas tardando demasiado en terminar el libro...

«¿Amor?», pensó Matt con ironía. ¡Pero si era una mujer casada! No, no podía ser. Hacía mucho tiempo que no le interesaba ninguna mujer y así tenía que seguir siendo. Si hubiera querido algo con alguien, ahí tenía a Emma, que era viuda y le daba a entender continuamente que estaba dispuesta a tener con él algo más que una amistad.

No, no le interesaba ninguna mujer. Entonces, ¿por qué no paraba de pensar en Sara?

—No, Rob, no tengo nada con ella. La conozco hace muy poco, necesitaba un trabajo y se va a quedar un tiempo, pero nada más. A Rosie le gusta, que es lo que importa.

—¿Cómo es? ¿Es guapa?

En ese momento, llamaron a la puerta y Matt supuso que era la señora Webb con un sándwich.

—Adelante —dijo—. Rob no te pienso dar más detalles... Es normal, ¿de acuerdo? De todas formas, ¿qué más da? No me interesa lo más mínimo —añadió levantando la mirada y encontrándose con Sara—. ¡Maldita sea! —concluyó colgándole el teléfono a su amigo y levantándose—. Sara...

—No tenías por qué hacer eso —le dijo ella muy seria. Matt cerró los ojos para no estrecharla entre los brazos—. Podría haber vuelto un poco más tarde.

Parecía tan frágil y desvalida de nuevo...

Había engordado y tenía mejor color por haber estado al aire libre con Rosie y los perros. Hubiera jurado que estaba ganando confianza en sí misma y él lo acababa de estropear todo.

¿Cómo explicarle que había dicho eso para que Rob no sospechara nada?

—Sara... —repitió.

—Solo he venido a ver si querías comer —lo interrumpió con tranquilidad.

—Yo...

—Voy a por la bandeja que te ha preparado la señora Webb.

—¡Maldición! —exclamó Matt reprochándose su estupidez. ¿Cómo había podido olvidar que el ama de llaves le había dicho que tenía dentista a las doce?—. No hace falta que estés pendiente de mí. No soy tu marido.

—No, no lo eres.

Sara estaba saliendo por la puerta cuando corrió tras ella. ¿Por qué había dicho aquello? No lo sabía, pero era obvio que le había hecho daño. Cada vez le estaba costando ocultar sus sentimientos por ella.

La agarró del brazo en el pasillo.

—Sara, perdóname. Rob se pone muy pesado con estas cosas, ¿sabes?

—No me interesa —contestó intentando soltarse.

Matt suspiró impaciente.

—Escúchame. Rob Marco es mi agente y me ha llamado para preguntarme cuándo voy a tener terminado el libro que tengo entre manos. Le estaba poniendo como excusa que no tenía una niñera permanente para Rosie.

Sara enarcó las cejas.

—¿Y?

—Y por eso he dicho lo que he dicho. No te estaba criticando, te lo prometo. Estaba intentando distraer a Rob para que no creyera que eres mi novia.

—Mira, de verdad, no me importa...

—Pero a mí, sí —murmuró Matt—. Te estoy diciendo la verdad, maldita sea. Si hubiera terminado el maldito libro, no estaríamos teniendo esta discusión.

—¿Me estás echando la culpa? —le preguntó indignada.

—Yo no he dicho eso.

—Bien, porque a mí me parece que la verdadera culpable es la botella de whisky que he visto sobre tu mesa.

—¿Estás de broma? Solo me he servido una copa.

—Si tú lo dices.

—Es la verdad —le aseguró ultrajado—. No soy alcohólico.

—No es ni siquiera la hora de la comida y ya estás bebiendo.

Matt negó con la cabeza sin poderse creer lo que estaba oyendo.

—¿Quién te crees para decirme lo que debo o no debo hacer? —dijo agarrándola del brazo.

Al verla encogerse de miedo, se arrepintió enseguida. Era obvio que había vivido situaciones parecidas en otras ocasiones y esperaba lo peor. La abrazó con desesperación.

—Dios mío, perdóname —murmuró acariciándole el pelo—. Sara, sabes que nunca te haría daño, ¿verdad?

Sintió la camisa mojada y supo que estaba llorando. Se sintió morir. ¿Qué estaba haciendo? Quería ayudarla, pero lo estaba haciendo todo mal.

En aquel momento, ella levantó la cara y lo miró a los ojos.

No estaba enfadada. Era obvio que lo perdonaba. Era tan guapa y tan frágil...

Sabía que no tenía derecho a abrazarla de aquella manera, pero no podía evitarlo. La tenía tan cerca que, obviamente, Sara debía de estar notando la reacción de su cuerpo.

—Matt —murmuró acariciándole la cara.

Él le agarró la mano y se la besó.

Pero no era suficiente. No, él quería mucho más.

Lo estaba mirando con los ojos llorosos y la boca abierta de forma sensual. Le tomó el rostro con ambas manos y la besó suavemente.

—Perdona —gimió al adentrarse en su boca.

Tras la duda inicial, Sara respondió de la misma manera.

Quería ser el hombre más tierno que hubiera conocido. Suponía que las relaciones que hubiera tenido con su marido no habrían sido delicadas y no quería que lo confundiera con él.

Pero se vio como un sediento en el desierto que no se diera cuenta de la sed que tenía hasta que encontraba agua. No sabía si era porque ella lo estaba besando también o por cómo lo estaba haciendo, pero lo cierto fue que entre ellos saltaban chispas.

La respuesta de ambos fue automática e incontrolable. Sintió que le pasaba los brazos por la cintura y se apoyó en el pared.

Sentía la sangre en las sienes y no podía pensar. La notó contra su cuerpo y decidió que toda aquella ropa sobraba. Tuvo que luchar para no arrancarle la camiseta y zambullirse en sus pechos.

Le acarició la espalda sin dejar de besarla y la apretó contra sí. Fue una tortura, pero mereció la pena. Sara se apretó contra él, contra su erección, y

Matt se preguntó cuánto tiempo más podría aguantar.

Entonces, Sara gimió.

Por un momento, creyó que le había hecho daño, pero se dio cuenta de que no era así. Se apartó de ella sin mirarla a los ojos y le pidió perdón una y mil veces.

¿Cómo podía haber sido tan bestia como para no darse cuenta de que Sara era una mujer acostumbrada a no negarse jamás a nada?

OceanofPDF.com

Capítulo 10

PERO ¿por qué no te puedes quedar? –preguntó Rosie mirando a Sara con lágrimas en los ojos—. No quiero que te vayas.

–Y yo no quiero irme –contestó Sara preguntándose si no debería haberlo admitido—. Lo siento, bonita, pero ya sabes que mi estancia aquí era temporal.

–¿Por qué? Te gusta esto y a mí me caes bien. A la señora Webb, también. Incluso a mi padre.

«¿De verdad?».

Sara no estaba muy segura de aquello. Matt llevaba dos días sin apenas hablarle y la única conclusión lógica era que se arrepentía de lo que había sucedido.

Ella también se arrepentía, pero de no haber seguido. ¿Debería sentirse mal por desear conocer el amor de verdad por una vez en la vida?

«Matt no me quiere», se recordó.

Se había intentado engañar porque era un ser patético deseoso de afecto, pero la verdad era que Matt no sentía nada por ella. Se lo había dejado claro con la conversación que había escuchado en su despacho.

Y pensar que allí se había sentido feliz, querida y apreciada por primera vez en varios años... Se preguntó si no se habría engañado desde el principio.

–¿Cuándo te vas?

–Hoy no –contestó con alegría para intentar aliviar a la niña, que la miraba con una tristeza infinita.

Llevaban un rato sentadas en el suelo viendo qué muñecas podía donar Rosie para la tómbola del colegio.

Matt había recogido del colegio a su hija, la había dejado con Sara y se había vuelto a su despacho a trabajar.

–¿Salimos a dar un paseo? –propuso la niña.

–Creía que querías dejar esto hecho.

–Puedo hacerlo cuando no estés...

–Oh, Rosie...

–Anda, vamos –rogó la niña–. Si no quieres, no nos llevamos a los perros. Los ha sacado mi padre esta mañana.

–¿Ah, sí? Pues sí que se ha despertado pronto, porque yo llevo levantada desde las siete y no lo he visto.

–Sí, últimamente se despierta antes. Ya no llego tarde al colegio –contestó Rosie como si tal cosa.

–Qué bien, ¿no?

–Me da igual, la verdad –dijo Rosie un poco molesta–. Además, como dentro de poco me voy a ir interna, ¿qué más da?

–¿Cómo?

–Sí, bueno, el otro día, oí a mi padre que se lo estaba comentando a la señora Armstrong.

–¿Quién es la señora Armstrong? –se descubrió preguntando Sara.

No debería importarle, pero por un momento no pudo evitar pensar que, tal vez, fuera otra Emma Proctor.

–La madre de Rupert y Nigel, dos niños de mi clase.

–Ah... ¿Y qué los oíste comentar?

–¿A quién le importa?

–Rosie, a mí me importa –le aseguró Sara.

–Bueno... la señora Armstrong le dijo que, como no tenía suerte con las niñeras, cuando tú te fueras, sería mejor que me mandara interna.

–¿Eso dijo? –exclamó Sara un tanto indignada.

–No exactamente –admitió Rosie.

–¿Qué dijo exactamente? –preguntó Sara sonrojándose al ver que Matt estaba en la puerta escuchando la conversación.

–¿Qué pasa? –dijo mirando a ambas.

–Nada –contestó su hija–. Estábamos hablando del colegio, papá. Nos vamos a ir a dar un paseo.

–Un momento –dijo Matt–. Primero, deberías ir a ver si la señora Webb necesita algo.

–¿Como qué? –dijo la niña indignada.

Su padre la miró con dureza y Rosie comprendió que no debía rechistar. Se encogió de hombros y salió de la habitación dejando a Sara a solas con Matt.

—¿Qué le has dicho?

—¿Yo? —dijo Sara anonadada.

¿Por qué estaba tan guapo? ¿Por qué la atraía tanto sexualmente aquel hombre? Max no debía enterarse jamás. De lo contrario, se lo haría pagar con sufrimiento, como de costumbre. Al fin y al cabo, era su mujer. Tal vez, tuviera que ser así por sentir algo por un hombre que no era su marido. Claro que hacía mucho tiempo que Max no le inspiraba más que miedo y asco.

Le daba pánico pensar en lo que la esperaba al volver a Londres. Max no le iba a perdonar jamás que se hubiera marchado. Estaba segura de que la iba a culpar de su caída.

—¿De qué estabais hablando?

Sara lo miró a los ojos y decidió que no tenía nada que perder.

—¿Estás considerando la posibilidad de mandar a Rosie interna?

—¿Qué? —contestó Matt sorprendido.

—¿No es así?

—¿Qué demonios estás diciendo? ¿De dónde te has sacado eso?

—Me lo ha dicho ella —contestó Sara notando que le estaban sudando las manos—. La preocupa lo que hagas con ella cuando me vaya.

—Jamás haría algo así.

—¿No le has dicho algo parecido a la señora Armstrong?

—¿A Gloria? —dijo Matt.

—Si así es como se llama... —contestó Sara molesta—. Parece ser que la niña te oyó decirle que tenías problemas para que no se fueran las niñeras.

—¡Maldita sea! ¿Qué te ha dicho Rosie exactamente?

Al maldecir, había alzado una mano para pasársela por el pelo y, al hacerlo, se le había subido la camisa dejando al descubierto una tripa con los abdominales bien marcados.

Sara no pudo evitar mirar fascinada.

—¿Cómo? Eh... Ahora mismo no me acuerdo de lo que me ha dicho exactamente.

—¿Cómo que no? Sara, ¿te importaría dejar de mirarme así? —dijo apartándose—. Ya me cuesta bastante no tocarte como para que encima...

—Perdón —contestó ella sorprendida girándose hacia la puerta—. ¿Quieres que me vaya?

—Claro que no y lo sabes. Saber perfectamente lo que querría hacer contigo, así que vamos a dejar de hacernos los tontos, ¿de acuerdo? Estás casada y, por alguna extraña razón, insistes en volver con tu marido. No me gusta la idea, pero no puedo oponerme porque no creo que te importen mucho mis sentimientos.

—Matt...

—No —la interrumpió él con decisión—. Por favor, dime lo que sabes de la conversación que tuve con Gloria.

Sara se mojó los labios. No quería hablar de aquella Gloria Armstrong. Lo que quería era que Matt le dijera cuáles eran esos sentimientos, pero era cierto que no podía pedirle más. Ya la había ayudado suficiente.

—Ya te he dicho todo lo que sabía —contestó—. ¿La señora Armstrong es otra de tus admiradoras? —añadió sin darse cuenta.

—¿Cómo? Sara, yo no tengo admiradoras. Gloria es la mujer de un vecino y sus hijos van al colegio con Rosie.

—Entiendo.

—¿De verdad? —dijo Matt mirando por la ventana—. ¿Qué creías? ¿Pensabas que tengo un harén y que cada noche me voy con una?

—¿Lo haces?

—Claro —se burló Matt.

Sara apretó los labios.

—Maldita sea, Sara, ¿te crees de verdad que soy así? ¡No me lo puedo creer!

—¿Y Emma?

—¿Emma? Es solo una amiga —le aseguró Matt.

—¿Y su marido, también?

—¿A ti qué más te da? —contestó un poco molesto—. Es viuda —le aclaró viendo que no estaba preguntando con mala intención—. Su marido se mató en un accidente de coche hace dos años y Emma se ha quedado sola con su hijo de diez años.

Sara frunció el ceño.

—Supongo que... le vendrá bien tenerte cerca —dijo comprensiva—. ¿Sois muy amigos?

—Ya te he dicho...

—Ya sé lo que me has dicho, pero ella no se comporta como si solo fuerais amigos.

—Pero a ti, ¿te importa mucho?

Sara lo miró fijamente.

—Me importa —contestó yendo hacia la puerta—. Voy a ver qué hace Rosie.

—¡No!

Sara se giró hacia él y vio que estaba tan excitado como ella tras aquella conversación. En ese momento, oyeron pasos en el pasillo. Era Rosie. Matt se giró de nuevo hacia la ventana y se ajustó los pantalones.

—¡Papá, papá!

—¿Qué pasa, cariño? —sonrió Matt.

—¡Ha venido el tío Rob! —exclamó la niña emocionada.

—¿Rob? —preguntó Matt extrañado—. ¿Y eso?

—Ya ves, amigo —contestó un hombre alto desde la puerta.

Sara vio que Matt parecía calibrar las complicaciones que podían derivarse de la llegada de su agente.

—Usted debe de ser la niñera temporal —añadió Rob mirándola con ojos aprobadores.

—Se llama Sara —dijo Rosie.

—¿Qué haces aquí, Rob? —preguntó Matt—. Ya te dije que te llamaría.

—Ya sabes lo que dicen sobre Mahoma y la montaña, ¿no?

—Me importa un bledo, Rob. Deberías haberme llamado antes de venir —le espetó Matt.

—Ya —contestó el otro sin darle importancia—. Bueno, Sara, menuda paciencia debe de tener usted para aguantar a este hombre.

—Nos llevamos bien —contestó ella.

—Bueno, como este maleducado no nos ha presentado, ya lo hago yo. Soy Rob Marco, su agente.

—Sara y yo nos vamos a dar un paseo —anunció Rosie—. Ahora que ha llegado Rob, papá, te puedes quedar hablando con él.

—Solo hasta el acantilado —le contestó su padre.

—Yo a usted la conozco de algo —intervino Rob mirándola fijamente—. Usted es Victoria Bradbury, la mujer de Max Bradbury, ¿verdad?

—No...

—Sí, claro que sí —insistió—. He visto su fotografía en la prensa hace unos días. Su marido decía que la habían secuestrado. Debí de suponer que el canalla se estaba cubriendo las espaldas.

—Por favor... —le rogó Sara para que no continuara.

—Esta vez no le ha salido bien —añadió Rob ignorando la expresión de mortificación de Sara—. Dijo que se había caído por las escaleras y se había dado en la cabeza, y un par de días después sale diciendo que había sido todo un error. Dijo que usted le había escrito una carta diciéndole que estaba en casa de una amiga de toda la vida. Dijo que tenía amnesia y que, por eso, no se había acordado antes, pero la gente no se lo creyó. La verdad, después de lo que le pasó a su primera mujer... Qué coincidencia que la segunda también desapareciera, ¿verdad?

—La primera mujer de Max se ahogó —dijo Sara.

—Eso dijeron, pero nunca se demostró —dijo Rob—. Bueno, ya veo que está bien, así que... —añadió dándose cuenta de la confusión que había creado. Se giró hacia Matt—. No me digas que tú eres la amiga de toda la vida, porque no me lo creo.

Capítulo 11

LA LUZ de la luna entraba por la ventana. Sara había dejado las cortinas abiertas adrede y la ventana abierta para oír el rumor del mar. Tal vez fuera la última vez que pudiera disfrutar de todo aquello y, aunque estaba cansada, no podía dormir.

Rob Marco volvía a Londres al día siguiente y, aunque estaba segura de que Matt le había dicho que no revelara su paradero, Sara no se fiaba de él por completo. Estaba claro que el hombre la veía como la causa de que Matt no hubiera terminado su libro. ¿Y si le decía a Max dónde estaba?

¿Entonces? ¿Qué salida le quedaba? ¿Volver a Londres? Solo planteárselo le daba pánico, pero sabía que no podía posponerlo para siempre.

No podía creer que su marido hubiera publicado su carta, porque Max nunca reconocía sus errores. ¿Habría sido Hugo?

Se estremeció. No tenía camisón, así que dormía desnuda; era la primera noche que se sentía desprotegida y sabía que era por la proximidad de volver a ver a Max.

¡Qué enfadado debía de estar! No debería haberse ido. Debería haberse quedado y haber afrontado las consecuencias. ¿Quién la iba a creer ahora? ¿Su madre? Seguramente, no. ¿Max? Seguro que tampoco.

Lo había hecho mal. ¿Qué clase de esposa se va dejando a su marido tendido en el suelo sin saber si está vivo o muerto?

«Una mujer maltratada», se contestó con amargura. Solo una mujer maltratada huía así. Solo una persona acostumbrada a que la torturaran por todo creería que la castigarían por un simple accidente.

Además, había llamado a una ambulancia antes de irse y había dejado la casa abierta para que pudieran entrar.

Otro excusa para que Max le diera una buena paliza. Era muy rico y en su casa había piezas de arte de mucho valor. La acusaría de dejar entrar a los ladrones.

Suspiró atenazada por el miedo.

Sara sintió ganas de llorar. Nunca había sentido lástima de sí misma, pero en aquellos momentos lo hizo. Y más cuando pensó en su madre, que seguro que se había puesto ya de parte de su marido, como siempre. Aunque sabía que no era justo echarle la culpa de sus males, la verdad era que se había casado con él porque su progenitora había insistido una y otra vez.

No olvidaba, también, que la habían halagado sus atenciones con ella, y el hecho de que a su madre no le fuera nunca a faltar nada fue decisivo a la hora de tomar la decisión.

No fue hasta después de celebrada la boda cuando se empezó a dar cuenta de que lo que Max había visto en ella era a una chica sola y desamparada con la que podría hacer lo que le viniera en gana.

Al principio, solo le pegaba cuando bebía y siempre le pedía perdón de rodillas, pero luego pasó a agredirla casi todos los días. Lo peor era que disfrutaba con ello.

Tembló al recordarlo. No era la primera vez que se preguntaba si la primera mujer de Max habría muerto de verdad como le había dicho o no. ¿Y si se había suicidado? ¿Por qué no? Si la había tratado como a ella, era comprensible...

No quería volver a Londres, pero ¿qué podía hacer?

Estaba casada con Max, era de su propiedad y nunca la dejaría escapar.

Apartó las sábanas y se levantó. No podía dormir. Se puso una camiseta y unos viejos pantalones de deporte de Matt y salió de la habitación. La casa estaba a oscuras y en silencio. La señora Webb se había ido hacía ya rato y Rosie debía de estar durmiendo plácidamente abrazada a su osito.

Sonrió al pensar en ella. Le habría encantado tener una hija como Rosie. Max no había querido tener hijos. Mejor. Nunca se habría perdonado ver cómo maltrataba también a sus hijos y los hacía sufrir como a ella.

Bajó las escaleras sin hacer ruido y se dirigió a la biblioteca.

De repente, vio una silueta en el pasillo y se asustó al pensar que podría ser Rob Marco. Menos mal que era Matt.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—No podía dormir y venía a buscar algo para leer —contestó Sara—. ¿Y tú?

—¿Qué dirías si te dijera que estaba poniéndome una copa? —contestó él metiéndose las manos en los bolsillos.

Al hacerlo, Sara se dio cuenta de que no los llevaba abrochados. Para colmo, no llevaba camisa y su torso relucía como el cobre bajo la luz de la luna.

—¿De verdad?

—No —contestó Matt.

—¿Estás preocupado porque no has terminado el libro? —preguntó Sara frunciendo el ceño.

—Claro —contestó Matt con ironía.

—¿Sí o no?

—Claro que no —murmuró abriendo la puerta de su despacho—. Pasa —le indicó—. Prefiero que no nos oigan.

Matt entró y encendió la luz.

—¿Pasas o qué?

Sara dudó, pero entró. Al fin y al cabo, podía ser la última oportunidad para estar con él a solas.

Se puso a mirar alrededor porque estaba realmente nerviosa. Matt la estaba mirando fijamente.

—¿Pretendes que me crea que has bajado a buscar un libro? —le soltó.

—Cree lo que quieras, me da igual —contestó Sara. En realidad, había bajado a beber un trago de whisky. Nunca bebía, pero era lo único que se le había ocurrido para poder dormir—. ¿Piensas que he bajado para ver si me encontraba contigo?

—¿He dicho yo eso acaso? —contestó Matt enarcando una ceja—. Podrías estar escapando de nuevo...

—¿Descalza? No creo.

—Tienes razón.

—Ya te he dicho que no podía dormir.

—Sí, sí, ya me lo has dicho. ¿Y buscabas algo que te devolviera el sueño?

—Exacto.

—¿Un chocolate caliente, quizá?

—Más bien, un whisky —confesó.

—Vaya, vaya —se burló Matt.

—No te pongas en plan sarcástico —le reprochó Sara—. No es lo mismo tomarse un dedo de whisky para dormir que estar bebiéndose un vaso a media mañana.

—Estaba estresado, ¿de acuerdo? —contestó Matt—. Y no, no por tu culpa, no te preocupes —le aclaró.

—¿Es por el libro? ¿Vas mal?

—Voy todo lo bien que puedo ir dadas las circunstancias —contestó Matt mirándola con picardía—. ¿Sabes que hacía muchos años que no iba a una fiesta del pijama?

—Yo no llevo pijama —contestó Sara.

—Ya lo veo. Llevas mis pantalones de hacer deporte, lo que es todavía peor —dijo Matt mirándola intensamente—. ¿Llevas ropa interior?

—¿Y tú?

—No preguntes a no ser que quieras saberlo de verdad.

—Puede que así sea —contestó ella.

Matt cerró los ojos.

—Sara, esto no es... una buena idea.

Sara suspiró.

—Ya lo sé, pero... me voy mañana.

—No lo dirás en serio —dijo Matt sorprendido.

—Sí —contestó Sara tragando saliva—. Este momento tenía que llegar antes o temprano y ambos lo sabíamos. Ahora que Rob Marco sabe quién soy y dónde estoy... ha llegado el momento de volver a Londres.

—¡No! —gritó Matt con vehemencia—. ¡Me niego a que vuelvas con ese canalla! ¡No quiero que te vayas! —añadió levantándose.

Sara dio un paso atrás. No porque le tuviera miedo, claro que no, sino porque se temía a sí misma. No sabía qué haría si él la tocara.

—Matt...

—No digas nada —le rogó—. No quiero volver a oírte decir que eres su mujer.

—Es la verdad.

—¡Pero no te quiere! —exclamó Matt enfadado yendo hacia ella—. Nunca te pegaría si te quisiera. No te engañes, no va a cambiar.

Sara se preguntó qué estaba haciendo. Debería irse de allí cuanto antes. Matt la estaba mirando con deseo. Obviamente, porque ella lo había provocado.

Se dio cuenta de que ella también lo deseaba. Se moría por sentir sus caricias, por hacer el amor con un hombre que no pensara solo en él.

Matt le acarició la cara y se quedó mirándola. Aunque Sara se moría por que la tocara, él parecía decidido a controlarse y no hacerlo. Mirar, pero no tocar.

Sara no podía respirar. Por favor, que dejara de mirarla así.

—¿Lo quieres? —le preguntó por fin.

—Sabes que no —contestó—. Creo que nunca lo he querido.

—¿Te casaste, entonces, por dinero?

—¿Lo crees así? Madre mía, qué bonita concepción tienes de mí —contestó Sara dolida.

Matt la miró a los ojos. Sara se sintió incómoda. ¿Qué clase de mujer creía que era?

—Eres una mujer muy valiente —le dijo como si le estuviera leyendo el pensamiento—, pero te la vas a jugar y eso me preocupa.

—No lo entiendes...

—No quiero entenderlo —la interrumpió besándola en el cuello con delicadeza— porque si lo entendiera puede que no estuviera haciendo esto.

—Matt...

—No me rechaces —gimió subiendo hacia su boca.

Cuando llegó, Sara cerró los ojos y sucumbió al placer de dejarse llevar.

Por primera vez en su vida, se dejó llevar por los sentimientos. Quería yacer desnuda con él allí mismo, en el suelo. No se podía controlar. Le temblaban las piernas de deseo.

—¿Puedo tocarte? —le preguntó.

—¿Cómo iba a impedírtelo?

Sara alargó la mano y le acarició el vello del pecho. Percibió cómo temblaba y aquello le dio impulso para seguir. Lentamente, deslizó la mano bajo los vaqueros. Matt dio un respingo.

Tampoco llevaba ropa interior y estaba completamente excitado.

—Dios, Sara —murmuró besándola con pasión.

Sara se moría por sentirlo dentro porque estaba tan excitada como él.

Matt se apoderó de sus pechos, pero no era suficiente. Sara quería más, mucho más. Entonces, se le ocurrió cómo dejárselo claro. Sin dejar de besarle, se quitó los pantalones y se apretó contra su erección.

—Sara —jadeó Matt temblando.

Deslizó una mano entre sus cuerpos y encontró la parte más íntima del cuerpo de ella. Entonces, se separó de ella, la agarró de la mano y le hizo

cruzar la habitación.

Por un momento, Sara temió que le fuera a decir que aquello no podía ser y que no iban a continuar, pero, cuando lo vio quitarse la camisa, el placer reemplazó al temor.

Pensó que era imposible que un hombre que la quisiera lejos compartiera con ella algo tan íntimo. ¿Por qué no sentía vergüenza de estar desnuda ante él?

Matt la sentó en el sofá de cuero y ella lo miró sin comprender. Entonces, él se arrodilló entre sus piernas desnudas y la besó apretándose contra su cuerpo.

Sara quiso quitarle los pantalones para darle el mismo placer que él le estaba dando a ella, pero Matt se lo impidió. Le retiró la mano y se puso a jugar con sus pezones arrancándole suspiros de lujuria.

Dejó una estela de saliva ardiente por su escote al bajar desde la boca hasta los pechos. Sara arqueó la espalda y se preguntó si iba a saber darle placer, porque Max siempre le había dicho que era una frígida.

Matt le separó las piernas y comenzó a besarle la parte interna de los muslos.

—Estás mojada —le dijo satisfecho llegando con la lengua al punto más placentero de su cuerpo.

Sara ahogó un grito de sorpresa y perdió el control.

Nunca había experimentado algo así y llegó al orgasmo en breves segundos. Matt la abrazó y se puso a llorar de manera inconsolable.

—Tranquila —susurró acariciándole el pelo—. No pasa, estoy aquí.

—Sí, pero... ¿y tú?

—Esta vez era solo para ti —sonrió él—. ¿Te ha gustado?

—Sabes que sí —contestó Sara acariciándole la cara—. Pero ¿por qué no has...?

—Porque no creo que sea lo mejor para ti —contestó Matt levantándose—. Vístete, va a amanecer —añadió recogiendo su ropa del suelo.

—¡Matt!

Sara se avergonzó de repente de su desnudez y se apresuró a vestirse.

—¿Te tengo que dar las gracias o qué?

—¡No! —contestó él mirándola fijamente con una expresión que Sara no pudo descifrar—. No has cambiado de opinión sobre volver a Londres, ¿verdad?

Sara lo miró sorprendida.

—Tengo que hacerlo...

—Ya lo suponía —le dijo molesto—. Quiero que sepas que fui yo quien dio orden de que se publicara tu carta. Quiero que lo sepas por mí.

—¿Tú?

—Sí, no quería que tu marido se la guardara y no dijera nada, así que le pedí a un amigo del *London Chronicle* que la publicara.

Sara lo miró confusa.

—Hiciste bien.

—No tienes por qué volver —dijo Matt desesperado.

—No tengo otra salida. Lo siento.

—Más lo siento yo —contestó él enfadado—. Tú estás loca, pero yo más por haberme liado contigo.

Capítulo 12

A LAS OCHO de la noche e Matt oyó que había alguien en la puerta.

Los perros lo avisaron. Comenzaron a ladrar cuando el coche enfiló el camino privado de su casa y, para cuando llegó frente al edificio, estaban histéricos.

¿Quién sería a aquellas horas? Iban a despertar a Rosie.

Sus padres estaban de viaje en Italia y no había quedado con nadie. Podía ser Emma, claro. Desde que Sara se había ido, iba más que nunca a su casa. Quería demostrarle que lo podía ayudar y, a pesar de las protestas de Matt, había recogido a Rosie del colegio tres veces aquella semana. Sin embargo, no creyó que fuera Emma porque se había mostrado bastante cortante aquella misma tarde con ella por teléfono.

Estaba que no se entendía ni él. Con Rosie, se mostraba alegre y contento, pero, cuando se quedaba a solas, se desesperaba. Hacía una semana que Rob había vuelto a Londres y Sara se había ido con él.

Desde entonces, nada tenía sentido.

La mañana en la que se fue, Sara esperó a que Rosie estuviera en el colegio para bajar a la cocina.

Obviamente, para no hacerla sufrir; pero él sí sufrió.

Rob estuvo delante todo el tiempo, así que Matt tuvo que controlarse y no decir nada. De todas formas, sentía que ya había quemado todas sus naves.

Había conseguido ocultar sus sentimientos. Se moría al pensar que Sara tenía que volver con su marido, pero aguantó el tipo hasta que llegó el taxi que los tenía que llevar al aeropuerto.

Luego, se encerró en su despacho y estuvo todo el día apiadándose de sí mismo.

Cuando Rosie llegó del colegio se enfadó por que Sara se hubiera sin despedirse de ella. No podía entender por qué se había ido y su padre le tuvo que decir que tenía un marido y una vida en Londres.

Cada vez que pensaba en ella y en su marido, Matt se desesperaba. Había rastreado los periódicos todos los días, pero nada.

Los perros ladraban sin parar y estaban llamando al timbre. Las dos cosas a la vez no podían ser, así que fue a ver a los perros.

Los estaba sacando del vallado cuando apareció un hombre.

—¿Señor Seton?

—Sí, soy yo.

Los perros movieron el rabo y se abalanzaron sobre el recién llegado para lamerlo de arriba abajo.

—Hugo, ¿qué demonios haces? —preguntó otro hombre llegando en ese momento.

No hizo falta que le dijera quién era. Matt había visto la cara de Max Bradbury varias veces en la prensa.

Inmediatamente, recordó el cuerpo magullado de Sara y sintió deseos de agarrarlo del pescuezo.

—¿Los puedo ayudar en algo? —les preguntó.

—Eso espero —contestó Max pasando junto a su hermano, que estaba lidiando con los perros—. Soy Max Bradbury y él es mi hermano, Hugo —se presentó—. Verá, es muy importante para mí encontrar a mi esposa Victoria y me han dicho que ha pasado un par de semanas en su casa.

Aquello era lo último que Matt hubiera esperado. ¿Sara no había vuelto con su marido? Matt se empezó a poner nervioso. ¿No sería que se había deshecho de ella y se estaba forjando una coartada?

—¿Su esposa? —fingió Matt—. Lo siento, no conozco a nadie que se llame Victoria Bradbury.

Max lo miró con furia.

—Quizá tendría que haberle dicho Sara, Sara Fielding —aclaró volviendo a sonreír—. Podría estar utilizando ese nombre.

Matt se preguntó cómo habría averiguado aquel hombre dónde estaba su mujer. ¿Rob? No, su agente podía ser muchas cosas, pero no era un chivato.

Hugo Bradbury lo estaba mirando fijamente. Era más joven que Max y, obviamente, homosexual. No parecía contento con la situación y Matt sospechó que había ido allí obligado.

—Me temo que no lo puedo ayudar, señor Bradbury —contestó Matt secamente pensando que en, en cuanto se fueran, iba a llamar a Rob para aclarar la situación—. Aquí no hay ninguna Sara Fielding.

Max apretó los labios.

–Pero ha estado, ¿verdad? Sé que ha estado cuidando de su hija.

–Sí, es cierto, pero se fue hace una semana –confesó Matt dándose cuenta de que era inútil negar lo que era de dominio público.

–Me gustaría hablar con ella. Entienda que estoy preocupado –insistió Max–. He venido desde muy lejos para verla.

¿Preocupado? Matt sintió que la rabia y la ira se apoderaban de él, pero logró controlarse.

–¿Por qué cree que está aquí? ¿No sabe dónde está? –le preguntó con fingida inocencia.

Max Bradbury tomó aire.

–Hace un par de semanas que no la veo –admitió–. Me escribió una carta diciéndome que estaba bien, pero no me dijo dónde estaba exactamente, así que, después de lo que ha pasado, me he visto obligado a salir a buscarla.

–¿Ha pasado algo? –preguntó Matt con curiosidad.

–Sí, pero asuntos familiares. Espero que lo comprenda.

Matt no comprendía nada, pero necesitaba más información.

–Admiro su constancia –mintió. No había nada que admirara en aquel canalla–. Supongo que debe de ser duro seguir el rastro de una esposa por todo el país. ¿Qué le hace pensar que esté en una zona tan remota como esta?

–No hemos buscado por todo el país –intervino Hugo.

Max le dirigió una mirada asesina.

–Mi hermano tiene razón. La hemos localizado enseguida porque Victoria alquiló un coche en Ellsmoor, no lejos de aquí, y alguien lo devolvió hace un par de semanas.

–Espero que quien lo llevara no lo encontrara abandonado –dijo Matt como considerando la situación–. Las mareas aquí son muy peligrosas, ¿sabe? Yo he estado a punto de ahogarme un par de veces.

–Espero que no esté pensando en lo que yo creo –dijo Max apretando los dientes.

–Bueno, sé que su primera mujer murió ahogada y supongo que será muy duro pensar que a Sara le haya podido pasar algo parecido, ¿no?

Max lo miró con dureza.

–Si sabe dónde está, le exijo que me lo diga –le espetó–. Como amigo, señor Seton, puedo ser muy buena persona, pero le garantizo que, como

enemigo, soy el peor.

—¿Me está amenazando, señor Bradbury? Ya le he dicho que la joven que estuvo en mi casa se ha ido ya y no me ha dicho adónde. No sé si sería su mujer o no, pero no sé dónde está.

Y era cierto.

—Seguro que sabe algo, lo que sea —insistió Max—. ¿Cómo llegó aquí? ¿Cómo se fue? No tenía coche...

—Mire, igual que usted se guarda sus motivos familiares para estar buscando a su esposa, yo me guardo lo que sé sobre... mi niñera.

Max lo miró enfurecido. Aquel hombre era, desde luego, bestial. Al imaginárselo con Sara, Matt sintió asco y miedo.

—Veo que es usted un amigo leal, señor Seton —sonrió Max dándose cuenta de que por las malas no iba a conseguir nada—. Su niñera, fuera o no mi mujer, ha tenido suerte de encontrar un hombre tan galante y protector. Déjeme que le diga que mi esposa no se lo habría merecido porque se ha esfumado con su madre enferma y no se ha molestado en llamar ni una sola vez para saber cómo está.

Matt intentó no mostrar su desazón. Sara no sabía que su madre estaba enferma, porque se lo habría dicho. ¿Y si no fuera cierto? Max Bradbury era capaz de decir lo que fuera con tal de recuperar a su mujer.

—Lo siento.

—Yo también. Alicia, mi suegra, ha tenido una vida difícil, ¿sabe? Yo intento ayudarla en todo lo que puedo, pero... no soy su hija —dijo encogiéndose de hombros.

Si no supiera lo que sabía de él, Matt habría creído que aquel hombre era un buen tipo preocupado por su suegra y su esposa, pero sabía que no era así.

—Me gustaría poderlo ayudar, pero no puedo.

¿Dónde demonios estaría Sara? ¿Por qué no se habría puesto en contacto con su madre? Matt se juró a sí mismo que si Max estaba mintiendo pagaría por ello.

Unos minutos después, cuando los Bradbury se fueron, Matt entró en su despacho, descolgó el teléfono y llamó a Rob.

Su amigo le aseguró que, tal y como le había prometido, no había revelado dónde había estado Sara y que, cuando llegaron a Heathrow, ella salió corriendo y no la había vuelto a ver.

OceanofPDF.com

Capítulo 13

SARA se quedó mirando por la ventana del hotel donde estaba hospedada en Paddington y se preguntó por enésima vez qué iba a hacer.

Hacía una semana que se había ido de Saviour's Bay, una semana que había dejado a Matt.

La idea de no volver a verlo la entristecía, pero sabía que había sido ella la que se había empeñado en volver a Londres. ¿Por qué se arrepentía ahora cuando ya no había marcha atrás?

Matt no la había animado a enamorarse de él. Al contrario, había mantenido las distancias, pero había dado igual. Desde la primera vez que lo había visto, había sabido que era un hombre bueno del que se podía fiar y que iba a ser importante en su vida.

Sabía que Matt se sentía atraído por ella también. Algo había flotado entre ellos desde el principio, incluso antes de ver lo que su marido le había hecho.

Al recordar sus labios sobre los hematomas, se estremeció. Matt quería que dejara a Max, pero eso no quería decir que quisiera una relación seria con ella. Lo que quería era que Sara llevara las riendas de su propia vida.

No sabía si iba a poder.

Cerró los ojos. Había cambiado durante aquellos días en Seadrift. Por primera vez, había podido pensar en su matrimonio desde la distancia, sin la presencia agobiante de Max, y lo que había visto no le había gustado lo más mínimo.

Max la había vuelto una mujer insegura y había conseguido convencerla de que se merecía los castigos a los que la sometía.

La culpa era de Max, no suya. Ahora lo veía con claridad. Matt le había enseñado que había otro tipo de relación entre un hombre y una mujer. Necesitaba tiempo para volver a ser la mujer que era antes.

Los días que había pasado con Matt y Rosie habían sido los más felices de su vida.

Por eso no había vuelto a su casa de Knightsbridge. Necesitaba tiempo para pensar sobre el futuro, para decidir qué iba a hacer. Max seguía dándole miedo. No podía olvidar tres años de abusos en dos semanas, pero estaba dispuesta a enfrentarse a él, a decirle que había roto las cadenas que le había puesto y que quería recuperar su libertad.

Pensó en su madre y se volvió a desesperar al suponer que no la iba a ayudar en absoluto. Iba a tener que enseñarle los hematomas, iba a tener que explicarle por qué se había ido...

Y, aun así, no creía poder conseguir que le diera la razón. Para su madre, era la mujer más afortunada del mundo por tener un marido con tanto dinero.

De todas formas, tenía que intentarlo. Era su última oportunidad. Si dejaba que Max volviera a controlar su vida, probablemente moriría... seguramente de congoja.

El Hospital Saint Jude estaba en Euston Road.

Se sentía fatal por haber estado escondida en Paddington mientras su madre se debatía entre la vida y la muerte.

Claro que no lo sabía. Había ido a su casa y un vecino le había dicho que a su madre la habían ingresado tras sufrir un ataque al corazón.

Entró en el centro muy nerviosa y preguntó por la habitación de Alicia Fielding.

—Está en la UCI, en el tercer piso —le contestó la enfermera de recepción.

¡En la UCI!

Sara subió en el ascensor muerta de miedo. Arriba había otra enfermera de guardia, que le indicó dónde estaba exactamente su madre.

—No se preocupe, está estabilizada —le dijo para tranquilizarla—. Puede pasar a verla, pero no la ponga nerviosa. Ya ha tenido suficiente.

—¿Ha sido un ataque al corazón?

—Sí, pero además...

—¿Qué?

—Bueno, su marido estaba muy preocupado porque...

—¿Por qué? —dijo Sara poniéndose cada vez más nerviosa—. Por favor, dígame qué les ha dicho mi marido.

—Resulta que su madre estaba cocinando, se desmayó y se golpeó la cara en el fregadero. Tiene un gran hematoma en el rostro, pero no se asuste. Está todo aclarado, pero su marido temía que creyéramos que se lo había hecho él —concluyó la enfermera algo avergonzada—. Ya le dijimos que no había razón para que sospecháramos algo tan terrible de él.

Tal vez ellos no tuvieran razones, pero Sara, sí. ¡Había pegado a su madre! ¿Cómo había podido caer tan bajo?

Se acercó a la habitación acristalada en la que estaba su madre y la miró. Estaba intubada y parecía mayor que nunca. Efectivamente, tenía la cara amoratada.

«Mamá, ¿qué te ha hecho?», pensó Sara con dolor.

Tomó aire y abrió la puerta. Su madre estaba con los ojos cerrados, pero, cuando se acercó, los abrió para ver quién iba a visitarla.

Al ver que era su hija, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Sara? Oh, hija, ¿eres tú de verdad?

—Sí, mamá —contestó Sara controlándose para no llorar y agarrando a su madre de la mano—. ¿Cómo estás? Siento mucho no haber estado para ayudarte.

La señora Fielding la miró fijamente, como si hubiera visto a un fantasma.

—¿Dónde has estado? No sabes lo preocupada que estaba...

—Mamá...

—Creía que habías muerto —confesó la mujer—. Max me dijo que tenía una carta tuya, pero no me la enseñó. Me dijo que estabas bien, pero no sabía si creerlo. ¿Por qué te fuiste? Max me contó no sé qué historia que no me creí, por supuesto. ¿Cómo lo iba a creer si no sabía ni dónde estabas?

Su madre se estaba alterando y Sara intentó tranquilizarla.

—Discutimos —contestó—. No era la primera vez, ya lo sabes. Max se cayó por las escaleras y creí que se había matado. Tuve miedo de que me echaran la culpa y huí. Cobarde, ¿verdad?

—Oh, hija...

—Ya no tiene importancia. Ahora estoy aquí, que es lo importante. La enfermera me ha dicho que vas muy bien. ¿Cómo te encuentras?

—Sara, ¿por qué no me lo dijiste? —le reprochó su madre—. ¿Por qué no me enseñaste lo que te hacía ese monstruo?

—Mamá, no importa.

—Claro que importa, hija —contestó su madre llorando—. Gracias a Dios que estás bien, que estás viva. No sabes lo preocupada que he estado.

Sara le apretó la mano.

—Estoy bien, de verdad —la tranquilizó—. ¿Por qué no me habías dicho que no te encontrabas bien?

—Porque me encontraba estupendamente —contestó su madre—. La noche en la que desapareciste, Max me dijo que te habías ido y lo creí. Siempre se ha portado tan bien conmigo... y me dio pena, ¿sabe? Parecía muy solo...

Sara asintió.

—¿Ha sido él? —le preguntó a su madre acariciándole la mejilla.

Para su sorpresa, su madre le agarró ambas manos con fuerza y la miró a los ojos asustada.

—Escúchame bien —le pidió mirando hacia la puerta como si temiera que las interrumpieran en cualquier momento—. Sophie Bradbury ha venido a verme.

—¿Quién?

—Sophie Bradbury —repitió Alicia—. ¿No sabes quién es?

—No... —contestó Sara confusa—. La única persona que conozco con ese nombre es la primera mujer de Max, pero está muerta.

—No, no lo está.

Sara sintió que le flaqueaban las piernas y tuvo que sentarse en una silla.

—¿Sophie está viva?

—Sí, estuvo aquí la semana pasada —le dijo su madre—. Ahora, vive en Estados Unidos, pero ha venido a pasar una temporada con su madre a Bournemouth.

—Max cree que está muerta.

—Seguro que así lo querría él —dijo su madre nerviosa—. Me dijo lo que le había hecho durante su matrimonio y me dijo el miedo que le tenía. Comprendí que tú debías de estar igual. Al contarle que no sabía dónde estabas, se preocupó por ti, por lo que esa bestia podría haberte hecho. ¡Ella tuvo que fingir que había muerto para librarse de él!

—¿Sabes dónde está? Me gustaría hablar con ella —dijo Sara sin poder creer lo que estaba ocurriendo.

—No lo sé —contestó su madre descorazonada—, pero esa mujer decía la verdad, hija. Me trajo fotos y todo. Sara, me he dado cuenta de lo ciega que he estado todos estos años.

–¿Te ha pegado? –volvió a preguntar Sara.

–No –contestó su madre–. Me amenazó, pero no llegó a pegarme. Cuando le dije que sabía que Sophie estaba viva, se puso como loco y me dijo que era un parásito que solo sabía vivir de él. Reconozco que me dio miedo.

–Oh, mamá... –dijo reprochándose no haber estado allí para ayudar a su madre–. ¿Crees que sabía que Sophie estaba viva?

–Puede ser. La verdad es que no se sorprendió tanto como yo creía –recapacitó Alicia–. Sophie me dijo que había vuelto para pedir el divorcio.

–Qué suerte –musitó Sara con envidia.

A ella también le gustaría que Max no formara parte de su vida. Para poder volver con Matt.

–No entiendo mucho de estas cosas, pero, si cuando se casó contigo, seguía casado con otra mujer... A lo mejor vuestro matrimonio no es válido. Tal vez seas una mujer libre, hija. Te aseguro que nada me haría más feliz.

Sara llegó a la casa que había compartido con Max durante tres años a primera hora de la noche.

Iba decidida a hablar con él, recoger sus cosas y dejarle muy claro que se iba para siempre.

Se estremeció de miedo.

Tragó saliva y se dijo que debía hacerlo, que ya había aguantado bastante.

Entró en el ascensor y se apoyó en la pared. Dio al botón y el aparato comenzó a subir. Tenía tanto miedo que estuvo a punto de pararlo y volver a bajar.

Pero habría sido absurdo. Tarde o temprano, tendría que acabar con aquello.

El ascensor se paró en el séptimo piso y Sara se vio en el último lugar del mundo donde quisiera estar.

Se abrieron las puertas y Max salió a su encuentro.

Obviamente, Patrick, el portero, lo había avisado de la llegada de su mujer.

–Victoria –sonrió abrazándola con fuerza.

—Por favor... —dijo ella para que la soltara.

Ambos sabían que el portero los estaría viendo por el circuito cerrado de seguridad. Por eso Max se estaba comportando de forma tan cariñosa.

La tomó del brazo y la metió en casa.

Al oír el clic de la puerta al cerrarse, Sara sintió que le flaqueaban las piernas. Tomó aire. Tenía que ser fuerte. Tenía que hacerlo. Aquella podría ser su última oportunidad.

—Victoria —repitió satisfecho—. Me alegro de que me hayas concedido el honor de tu vuelta. Ya empezaba a preocuparme. ¿Se puede saber qué ropa llevas? Y mira qué pelos llevas... Pareces una refugiada, pero me alegro de verte de todas formas.

—Max —comenzó Sara entrando en el salón y colocándose en un extremo del sofá—, he venido a decirte que me voy, que te dejo... Sé lo de mi madre y lo de Sophie, que tuvo que fingir estar muerta para librarse de ti. No puedes impedirme que...

—¿Has estado viendo a tu madre? Sí, claro, ya se ve... La vieja te ha estado metiendo tonterías en la cabeza, ¿verdad? ¿No te das cuenta de que está senil, la pobre? ¡Por un momento, temí que me acusara de pegarle!

—Debiste de llevarte un buen susto cuando le dio el infarto...

—La verdad es que sí —admitió Max—. No sabía lo que la muy loca iba a decir cuando recobrará el conocimiento.

—¿Tal vez que la habías amenazado? Has cometido un gran error, Max. Has perdido a tu mayor aliada.

Max la miró con dureza.

—No necesito aliados, Victoria. Te tengo a ti.

—De eso nada —le soltó Sara—. ¿No has oído lo que te he dicho? Te dejo, Max. Solo he venido a despedirme.

Max suspiró.

—Victoria, ambos sabemos que no lo dices en serio. Si hubieras querido dejarme, me habrías escrito otra carta. Por cierto, ¿dónde has estado? Creo que merezco una explicación.

—No te mereces nada —contestó Sara indignada—. Llevas años mintiéndome —añadió tomando aire—. ¿Cuánto hace que sabías que Sophie estaba viva?

Max se encogió de hombros.

—¿Sophie? ¿Mi primera mujer? Victoria, lleva muerta diez años. Se ahogó...

—No es cierto —lo interrumpió—. Fingió ahogarse y con ayuda de su madre escapó a Estados Unidos. Ahora vive allí y lo sabes.

Max negó con la cabeza.

—Sé que eso es lo que te ha contado tu madre —le dijo lentamente, como si estuviera hablando con una niña pequeña—, pero no es cierto. Y, aunque lo fuera, no tiene nada que ver con nosotros.

—Claro que sí —dijo Sara desesperada—. Si Sophie está viva, no podrías haberte casado conmigo.

—Te equivocas. Estamos casados. ¿Crees que cometería un error así?

—Nuestro matrimonio es un desastre —protestó Sara— y quiero el divorcio.

—Pero yo, no —contestó Max muy tranquilo—. De hecho, lo que creo que deberíamos hacer es celebrar otra ceremonia, para, ¿cómo decirlo?, sí, para retomar nuestros votos.

—¡No! ¿Te crees que estoy dispuesta a hacer algo así? Debes de estar loco.

—De remate —dijo Max con dureza—. No me has dicho dónde has estado. ¿Quieres que te lo diga yo?

—No lo sabes —dijo Sara sorprendida.

Max sonrió de forma diabólica.

—Claro que lo sé. Resulta que una mujer muy agradable, creo que se llamaba Emma Proctor, me oyó preguntar por ti y me indicó amablemente dónde estabas. ¿Desde cuándo conocías a Matt Seton?

Sara clavó las uñas en el respaldo del sofá.

—Ya te dije en mi carta que estaba con... una amiga.

—Querrás decir «un amigo» —dijo Max con ira—. Te repito la pregunta, Victoria. ¿Desde cuándo conocías a Matt Seton? ¿Desde cuándo sois amantes? —añadió agarrándola de la mano con fuerza.

—¿Amantes? —repitió Sara sintiendo un intenso dolor en la mano—. ¡No somos amantes!

—¿Ah, no? —dijo mirándola a los ojos—. Entonces, ¿por qué tienes esa mirada de culpabilidad?

—No soy culpable de nada —contestó Sara—. Me estás haciendo daño.

—Y te puedo hacer mucho más —amenazó entre dientes—. ¿Quién lo iba a decir? La frígida de mi mujer liada con un escritor famoso. Me pregunto

cuánto podrá aguantar cuando mis publicistas acaben con él. ¿Quieres ponerlo en peligro?

–Tengo un público bastante inteligente que no creería jamás las patrañas de canallas como usted –dijo una voz desde la puerta.

Sara miró por encima del hombro de Max y vio a Matt y a Hugo.

–Suelte a Sara inmediatamente. No creo que le interese que tenga más marcas en el cuerpo de las que ya tiene cuando interponga la demanda de divorcio –añadió.

Capítulo 14

SARA tomó el tren de Newcastle, pasó la noche en el hotel de la estación y alquiló un coche para dirigirse al norte.

No había dormido en toda la noche de lo emocionada que estaba por volver a ver a Matt. No quería albergar demasiadas esperanzas. Al fin y al cabo, era un hombre famoso que podía elegir sus amistades femeninas como quisiera. El hecho de que no se hubiera puesto en contacto con ella desde que volviera a Northumberland hacía tres meses debería haberla parado.

Pero no había sido así. Se moría por verlo. Necesitaba saber si tenían un futuro juntos o si su actitud había sido solo la de un amigo. ¿Había sido compasión o amor lo que lo había movido a ayudarla?

Recordó aquella noche de nuevo con gratitud.

Hugo había avisado a Matt, le había contado lo del ataque al corazón de su madre y le había pedido que fuera a casa de su hermano.

–Recoge tus cosas y vámonos –había dicho Matt ignorando por completo las protestas de Max.

Sara había corrido escaleras arriba, había llenado una bolsa con ropa a toda prisa y había vuelto a bajar ansiosa por salir de allí.

Al volver al salón, se encontró a Max sentado en el sofá con Hugo y a Matt mirando por la ventana. Se giró y le sonrió. Max observó furioso cómo salían de su casa.

No sabía qué le había dicho Matt, pero debía de haber sido algo muy serio, porque su marido no había intentado vengarse de ella y aquello no era propio de él.

A los pocos días, su marido había sufrido una hemiplejía que lo había dejado medio paralizado y sin habla.

Hugo había tenido que hacerse cargo de los negocios, se había portado maravillosamente bien con ella; le había brindado su ayuda para lo que

necesitase y había insistido en poner la casa en la que vivía su madre a su nombre para que se la quedara pasara lo que pasara.

Le había sugerido que se comprara ella también una casa, pero Sara se había negado. No quería el dinero de Max.

Matt se había encargado de encontrarle una casa en Londres. Un amigo se iba seis meses a trabajar a Estados Unidos y le encantó la idea de que Sara le cuidara la casa aquel tiempo. Tenía dos dormitorios y un pequeño jardín en el que Sara se había pasado la mayor parte de aquellos tres meses intentando dilucidar qué hacer con su vida.

Por supuesto, había pasado mucho tiempo con su madre, que se estaba recuperando estupendamente. No había podido hablar mucho con Matt, pero cuando lo habían hecho no habían hablado de su relación.

—Tienes que dejar de sentirte culpable. Eres una víctima, no la culpable de esta situación —le había dicho dos días antes de volver con su hija, cuando Sara le había dicho que se sentía culpable por el ataque que había sufrido Max.

Aun así, a Sara no le había parecido el mejor momento para preguntarle lo que sentía por ella. Sin embargo, ahora, con la demanda de divorcio en el bolso, se sentía con fuerzas.

Eran casi las once cuando entró en el camino privado de Matt. Estaba tan nerviosa que le sudaban las manos y se le escapaba el volante, pero logró aparcar el coche frente a la casa.

Era increíble lo familiar que se le hacía todo. Era una bonita mañana de sol y el paisaje estaba precioso. Tomó aire y estuvo la estúpida sensación de que había llegado a su hogar.

Llamó al timbre y esperó.

—¡Señorita Victor! —dijo la señora Webb al abrir la puerta—. Perdón, quería decir señora Bradbury... ¿Qué hace aquí?

Vaya, menuda bienvenida...

—He venido a ver a Matt —contestó Sara—. ¿Le podría decir que estoy aquí?

—Veo que se ha cambiado el peinado —apuntó el ama de llaves—. Le queda bien.

—Gracias —contestó Sara tocándose la melena, que se había cortado por los hombros en lugar de por la cintura como le gustaba a Max—. ¿Está Matt en casa?

—No —contestó—. Ha salido a pasear a los perros. Creo que está en la playa. ¿Quiere pasar y esperarlo?

Sara miró hacia los acantilados.

—Eh... no —contestó—. Voy a ir... a buscarlo.

—¿Seguro? —preguntó la mujer decepcionada. Obviamente, quería que Sara le contara todo lo que había pasado—. Bueno, espero verla luego.

—Claro —dijo Sara alejándose en dirección al mar.

Desde lo alto de los acantilados, lo vio. Estaba de espaldas a ella, tirándoles palos a los perros.

Sara sintió que se le aceleraba el corazón y comenzó a bajar el camino con piernas temblorosas.

De repente, Matt se dio la vuelta, la vio y fue hacia ella. Al encontrarse, ambos se pararon y ninguno supo qué decir.

—Estás mojado —dijo Sara por fin.

Matt se miró los pantalones.

—Sí —contestó—. Tú, no. Tú estás fantástica. Se nota que la vida te está tratando bien.

Sara no supo qué decir. Lo miró y se dio cuenta de que había perdido peso y de que tenía ojeras.

—¿Qué haces aquí?

—Creí que te alegrarías de verme —contestó nerviosa y avergonzada—. ¿Me he equivocado?

—Siempre me alegra ver a una amiga —contestó Matt—. ¿Qué tal está tu madre?

—Oh... —dijo Sara sorprendida—. Está bien, gracias. Ya está en casa. Una amiga suya que también es viuda se ha ido a vivir con ella y están fenomenal.

—¿Y Max?

—¿Max? —Sara tragó saliva—. Creo que va mejor. Sigue sin poder moverse, pero ya puede hablar un poco.

—Me alegro.

—Sí —dijo Sara sin saber por dónde seguir—. Mi madre me ha dicho que te diera las gracias por lo que hiciste. Yo también te las quería dar.

—Fue un placer —contestó Matt—. Dave me ha dicho que le estás cuidando la casa estupendamente. ¿Te vas a quedar los seis meses?

«Espero que no».

–¿Has hablado con él? No me lo había comentado.

–¿Por qué te lo iba a comentar? –dijo Matt con frialdad–. Cree que solo somos conocidos. Puede que incluso crea que has sido mi paciente o algo.

–¿Y lo he sido? –preguntó Sara desesperada por derribar aquel muro que Matt se empeñaba en interponer entre ellos–. ¿Solo fui un caso más para ti?

–¡No digas tonterías! –contestó Matt dándose la vuelta y llamando a los perros.

Sara deseó no haber ido. Lo notaba más distante que nunca.

Lo rodeó, lo miró y le puso la mano en el brazo. Matt lo apartó.

–Estás helado.

–No hacía falta que vinieras hasta aquí para darme las gracias –le espetó–. Habría bastado con una llamada.

–A mí no me habría bastado –contestó Sara con decisión–. Quería volver a verte y creía, esperaba, que tú también.

–Me alegro de verte y de saber que vuelves a ser dueña de tu vida –dijo Matt con frialdad.

–¿De verdad? ¿Por qué tengo la impresión de que no te alegras lo más mínimo? ¿Qué te pasa, Matt? Me tratas como si no me conocieras de nada.

–No nos conocemos de nada, Sara. Yo estuve en el lugar apropiado cuando necesitaste a alguien, pero no intentes convertirlo en otra cosa porque no funcionará.

Sara lo miró fijamente.

–¿Lo dices en serio?

–Búscate a otro con quien jugar –le dijo llamando de nuevo a los perros–. Yo ya soy demasiado mayorcito para estos juegos.

–¿Qué juegos? –dijo Sara temblando.

–Espero que sepas lo que estás haciendo, Sara, porque yo no te entiendo.

–Yo tampoco te entiendo –le reprochó ella tragando saliva–. No te imaginas lo que me ha costado reunir valor para venir –añadió mirando al horizonte–. No finjas que no sabes por qué he venido –le pidió con lágrimas en los ojos.

En ese momento, llegaron los perros y se abalanzaron sobre ella. Sara perdió el equilibrio y se encontró en el suelo con los dos canes lamiéndola de arriba abajo y ella riendo entre lágrimas.

–Dios, lo siento –dijo Matt apartándolos–. ¿Te han hecho daño? –añadió viendo que estaba llorando.

Sara negó con la cabeza.

—Tú me has hecho daño.

—No digas eso —murmuró Matt—. ¿Por qué me dices eso? Quería darte tiempo para que pudieras pensar en todo lo que había pasado y en lo que querías hacer y eso es lo que has hecho.

—¿Qué quieres decir?

—Te he preguntado cómo estaba Max y me lo has dicho. Has ido a verlo, ¿verdad? Vas a volver con él.

—¡No! —gritó Sara horrorizada—. He ido a verlo una vez, sí, pero nada más. Jamás podría volver a vivir bajo el mismo techo que él —se estremeció—. No lo odio, pero no voy a volver con él por pena, ¿sabes? De hecho, tengo aquí los papeles del divorcio...

Matt la miró confuso.

—Pero Rob dijo que...

—¿Qué?

—Que tu cuñado, Hugo, le había dicho que creía que ibas a volver con Max.

—¡Me importa un bledo lo que crea Hugo! Nunca volveré con Max —le aclaró Sara mirándolo a los ojos—. ¿Creíste que iba a volver con él?

—Me pareció posible —suspiró Matt—. Después de todo, te casaste con él. Debiste de quererlo en algún momento de tu vida.

—Dijiste que creías que me había casado con él por dinero —le recordó Sara con lágrimas en los ojos de nuevo.

—Sé que no es cierto, pero lo dije para protegerme.

—¿De qué? —le preguntó con las lágrimas rodándole por las mejillas.

Matt le acarició la mejilla.

—Repíteme para qué has venido —le pidió—. No quiero volver a equivocarme.

—Lo sabes perfectamente.

—¿Por qué has tardado tanto en decidir que había algo entre nosotros? —dijo abrazándola.

—¿Lo hay? —bromeó Sara.

Matt suspiró impaciente.

—Si tú quieres, por supuesto —confesó.

—No hace falta que te conteste, ¿verdad?

Matt la miró fijamente a los ojos.

–¿Te importaría besarme, por favor? ¡Estoy temblando!

Matt obedeció sin más preámbulos y, tras intercambiar los besos más apasionados de su vida con aquella mujer, se vio tumbado en la arena sobre ella.

–¿No llevas sujetador? –preguntó asombrado al deslizar una mano por debajo de su blusa.

–No creí que lo fuera a necesitar –susurró Sara.

–Chica lista –dijo tomando entre sus dientes uno de aquellos pezones erectos que amenazaba con atravesar la tela.

–Matt... –dijo muriéndose por sentirlo dentro de ella de una vez.

Le apartó la mano de sus braguitas y Matt interpretó que quería parar.

–Perdón, estoy yendo demasiado deprisa, ¿verdad?

Sara gimió frustrada, lo agarró de la cinturilla de los vaqueros y lo volvió a tumbar sobre ella.

–Te quiero a ti, Matt, no una imitación, así que termina lo que has empezado –le ordenó deslizando la mano dentro de los vaqueros.

–Madre mía... –dijo él al sentir su mano acariciándole la erección.

–Di que no me deseas como yo a ti –dijo Sara—. A ver si te atreves.

–Claro que te deseo –admitió—. Sabes que te deseo desde la primera vez que te toqué.

–Lo sé –murmuró ella desabrochándose la falda.

–Deberíamos entrar en casa –sugirió Matt.

–¿Para que la señora Webb se pregunte qué hacemos en tu dormitorio? Mejor no.

Matt le dio la razón y se quitó los vaqueros mientras ella se quitaba la falda. Pusieron ambas prendas como almohada y se volvieron a tumbar.

Matt se deslizó dentro de su cuerpo con seguridad.

–Te deseo y te quiero –le dijo mientras lo hacía.

Se deseaban tanto que ninguno aguantó mucho. En pocos segundos, Sara sintió que abandonaba su cuerpo y, casi inmediatamente, Matt la siguió en una espiral de placer indescriptible.

«La semilla de Matt», pensó Sara rezando para tener algún día un hijo con él y una nueva vida...

Epílogo

NO VOLVIERON a tener oportunidad de estar solos hasta que Rosie se fue a dormir aquella noche.

La niña había recibido a Sara con los brazos abiertos.

—Sara se va a quedar a vivir con nosotros —le había dicho su padre—. No va a ser tu niñera, pero va a vivir aquí.

—¿Como si fuera mi mamá? —había preguntado Rosie extasiada.

—¿Te gustaría que me casara con tu padre? —había intervenido Sara.

—¡Claro que sí! ¿Y a ti que te llamara «mamá»?

—Puedes llamarme como tú quieras —había contestado Sara abrazándola—. Vamos a ser una familia de verdad. ¿Te gusta la idea?

—¡Sí, por favor! ¿Os vais a casar pronto? ¿Puedo ser dama de honor?

—¿Por qué no? —había dicho Matt riendo.

Ahora estaban solos en el dormitorio de Matt. Era masculino, pero a Sara le gustaba. Habían hecho el amor de nuevo y Sara estaba arrebujaada a su lado pensando en la suerte que había tenido de ir a parar a su casa.

—¿Eres feliz? —le preguntó él en ese momento—. ¿Te arrepientes?

—Claro que no —contestó Sara—. Te quiero, Matt. Estaba pensando en cómo nos ha unido el destino. Cuando Max se cayó por las escaleras, creí que estaba perdida y, en realidad, mi vida no había hecho más que empezar.

—Me alegro de que pienses así, porque yo siento lo mismo —dijo Matt mirándola fijamente—. ¿Quién me iba a decir a mí cuando te vi por primera vez que estaba destinado a casarme contigo?

—Solo tengo una duda. ¿Qué le dijiste a Max para que no me hiciera nada?

—Nada del otro mundo. Solo le dije que yo también tenía amistades en los medios de comunicación —confesó Matt—. Además, le dije que tenía fotografías tuyas que a cualquier periódico le gustaría publicar.

—Pero eso no es verdad...

—Claro que no, pero él no lo sabía. Espero que no te importe.

—¿Importarme? Mi amor, te estaré eternamente agradecida por haberme salvado de él.

—Eres el amor de mi vida —dijo Matt besándola con dulzura—. Por cierto, ahora que dices eso... ¿voy a tener alguna recompensa?

Y, por supuesto, la tuvo.

OceanofPDF.com

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparé desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

OceanofPDF.com